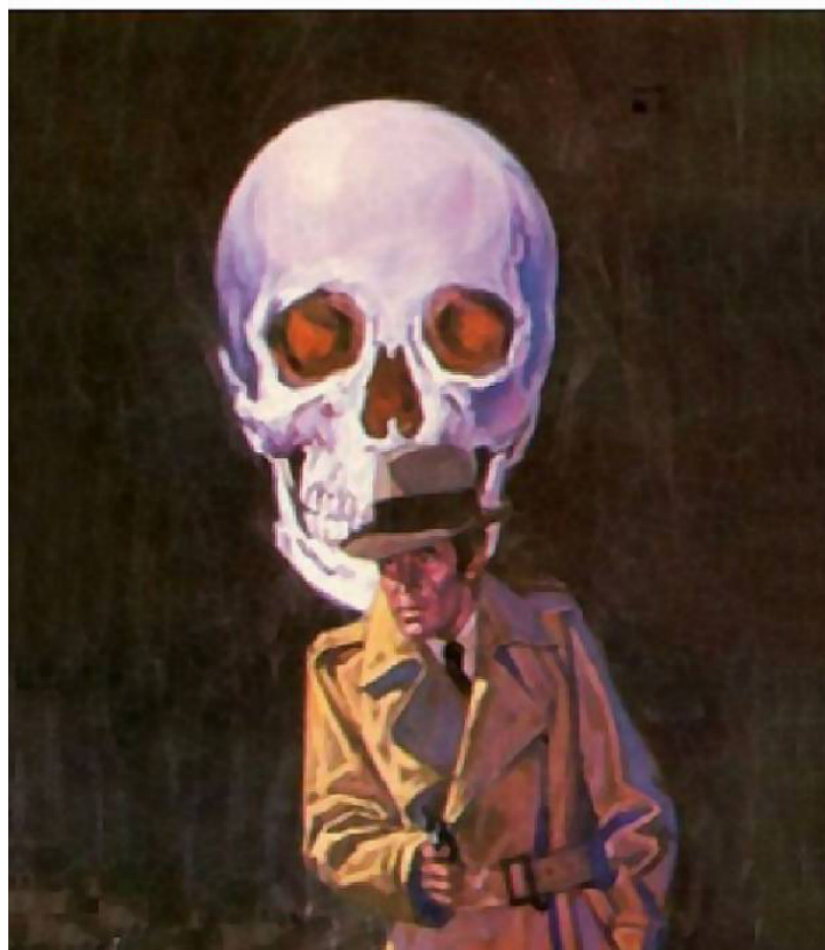




¡abrázame, muerte!

burton hare



SS

SERVICIO SECRETO



BURTON HARE

¡ABRÁZAME, MUERTE!

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.264

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 35.013 - 1974
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: octubre, 1974

© Burton Hare - 1974
Texto

© Jorge Sempere - 1974
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.241. - Amor con sangre entra.

En Colección PUNTO ROJO:

651. - Todos querían matar.

CAPÍTULO PRIMERO

—Juro que está haciendo oposiciones para que le encierren —
sentenció Gray.

—¿Te refieres a McShane?

—¿A quién si no?

La atmósfera era tan espesa que hubiera podido cortarse con un cuchillo. El humo del tabaco flotaba igual que una niebla.

McShane vació la copa y miró de través a los dos detectives. Arqueó una ceja y gruñó:

—Cualquier día de estos alguien va a encontrarse con los dientes en la nuca.

Los dos policías se echaron a reír. McShane pidió otra bebida y encendió un cigarrillo.

El bar se llamaba Galeón, y tenía ciertas reminiscencias de *pub* inglés. Tal vez fuera el último rincón de la ciudad que aún conservaba lo que sus clientes llamaban «atmósfera», y cuando mencionaban eso no se referían para nada a la producida por el tabaco.

—Me dijeron que anoche tuvieron que sacarte en volandas —
insistió el detective de primera Gray—. Por eso imagino que no tardarás en sufrir un buen *delirium tremens* y se habrán acabado tus volcánicos reportajes.

—No hay nadie en este cochino mundo que pueda decir que me ha visto borracho alguna vez.

—¿Dijiste sereno?

—Al infierno contigo.

El Galeón estaba próximo al gran edificio central de la jefatura, y era el lugar de reunión de policías francos de servicio y reporteros de todas clases. Algunos de los más sensacionales reportajes de los últimos años habían visto las primeras luces en medio del humo del tabaco, las palabras fuertes y las risotadas que estallaban en el local

en medio del zumbido incesante de las conversaciones.

El otro detective, Frank Carpenter, opinó:

—Lo que le pasa a Judd es que vive demasiado solo. Por eso bebe como un cosaco.

Judd McShane se encogió de hombros.

—Me ponéis enfermo vosotros dos —dijo como si realmente sintiera una gran pena—. Dos detectives de primera, adscritos a Homicidios, y sin un mal crimen que les facilite el ascenso. ¿O ya no conceden ascensos actualmente en la policía?

—Si no bebieras tanto, sabrías que se comete un crimen cada cincuenta y seis minutos en esta ciudad.

—Qué cosas. Entonces, ¿por qué infiernos no los resolvéis?

—Está loco —sentenció Gray.

—Sobre todo, de un tiempo a esta parte. ¿A qué es debido, McShane, disgustos amorosos?

El reportero tomó la nueva copa, la contempló unos instantes al trasluz, y gruñó:

—A veces me gustaría estar verdaderamente borracho.

—¿Por qué?

—Hay varias razones. Una de las cuales podría ser que en semejantes condiciones, no tendría que escuchar a ciertos zánganos con chapa... Otra, y también condenadamente buena, que me relevarían de un sucio reportaje que me da náuseas.

—¡Cuernos! Eso tiene gracia. Has visto tipos descuartizados, mujeres abiertas en canal y otras lindezas por el estilo, y ahora resulta que te repugna un reportaje. ¿De qué se trata, McShane?

Judd bebió la mitad de la copa y suspiró.

Era un individuo de casi dos metros de estatura, delgado pero tan sólido como un peñasco. Tenía un rostro anguloso, y casi siempre permanecía inexpresivo, excepto por el brillo de curiosidad insaciable que chispeaba en sus ojos oscuros.

—De un chiflado —dijo, de pronto—. Me encargaron escribir una «serie» sobre él... y con una entrevista tuve suficiente. Está chiflado —repitió como si eso lo explicara todo.

—Hay chiflados en todas partes. Doblas una esquina, y te encuentras con siete que esperan la camisa de fuerza. Pero eso no es nada para sorprenderte, en una ciudad como ésta —Gray calló, de pronto, al ver cómo el reportero se echaba al coleteo el resto del licor

como si estuviera sediento.

Judd dijo, sin mirarle:

—Estuve en su laboratorio. Vomité.

—¿Qué?

—Todo lo que había comido en una semana.

—No seas bruto. Pregunto qué fue lo que te hizo vomitar.

Carpenter exhaló una bocanada de humo y rezongó:

—¿Y en qué laboratorio ocurrió eso?

—En un lugar de pesadilla... Lo ponen en una película de terror, y echan al decorador de patitas en la calle. Repito que el tipo está más loco que una cabra de monte. Se llama Krakover y le vi sacarle los ojos a un pobre perro para sus experimentos.

—¿A un perro vivo, quieres decir? —jadeó Gray.

—Sí.

—¡Cuernos!

—El tipo sostiene la teoría de que los ojos conservan las últimas imágenes que captan antes de la muerte del sujeto. Está convencido de que, mediante sus experimentos, le será posible que esas imágenes conservadas en unos ojos se proyecten para él...

Frank Carpenter dio un respingo.

—¡Eh! Yo leí una novela policíaca en la que sucedía eso. Descubrían al criminal, gracias a los ojos del hombre asesinado...

—Eso estaría bien en una novela —refunfuñó McShane—, pero no en la vida real. Aún veo al pobre perro, cuando salió de la anestesia... Pensarlo da náuseas. Ahora... —llamó al mozo y le señaló la copa vacía como si tuviera prisa por llenarla—. Ahora, Krakover quiere experimentar con ojos humanos, ojos de alguien muerto... Me gustaría retorcerle el pescuezo.

Detrás de ellos, una voz exclamó:

—¿Estás hablando en serio, McShane?

Se volvieron en redondo.

—Hola, Bosaki —saludó Gray—. ¿Lo oíste?

—Seguro.

McShane tomó la nueva copa y bebió glotonamente.

—Tú sacarías fotos sensacionales en aquel diabólico laboratorio —dijo—. Pero el profesor no lo permite.

Martin Bosaki era uno de los mejores fotógrafos de prensa que se habían dado en los últimos tiempos. Constantemente recorría el

mundo y sus fotos campeaban en las mejores revistas de la nación. Había ganado varios premios, y él afirmaba que estaba dispuesto a ganar muchos más.

—Esos experimentos fotografiados —murmuró—, pondrían los pelos de punta a la gente.

—Tenemos que largarnos, Gray.

—Está bien. Y no bebas más, Judd, o acabarás tirado en una esquina.

Pagaron sus bebidas y se fueron para incorporarse al servicio.

Bosaki comentó:

—¿Vas a terminar ese reportaje, Judd?

—No lo sé. Trataré de escabullirme, si puedo.

—En todo caso, avísame. Quizá pudiera conseguir unos buenos planos.

—No con el profesor Krakover. Te haría comer la cámara antes de permitir que sacases una sola fotografía en el laboratorio.

—Mala suerte. Tengo unos días libres antes de partir para el Japón.

—Aprovéchalos para divertirme.

—¿Qué te pasa, estás amargado?

—No lo sé. Un bache, supongo.

—Eso se arregla con una chica.

—Cuando uno tiene el ánimo por los suelos, no lo arregla ni todo el cuerpo de baile del Palladium. A veces odio este trabajo.

El fotógrafo se echó a reír.

—De todos modos, emborrachándote, no creo que consigas mucho tampoco...

Hizo un ademán de despedida y se fue, abriéndose paso por entre la espesa niebla que dificultaba la visión.

Judd McShane apuró la bebida, pagó y se dirigió a la puerta, con pasos de cansancio.

En la calle se habían encendido las luces y la multitud se apiñaba, atropellándose unos a otros.

El reportero se detuvo unos instantes. La humedad procedente del río le hizo tiritar. Dentro de poco, la niebla invadiría también las calles y sería mucho más pestilente que la del bar que acababa de dejar atrás.

Finalmente, echó a andar, en busca del refugio de su

apartamento.

CAPÍTULO II

El detective Gray acababa de vaciar una taza de café cuando sonó el teléfono sobre su mesa.

Descolgándolo, gruñó:

—Detective Gray al habla...

—Atienda está llamada, Gray —dijo la voz del sargento que controlaba la centralita—. Puede que me equivoque, pero se trata de algo serio.

—Entonces, podía haberla pasado a cualquier otro —rezongó.

Sonó una sucesión de chasquidos y de pronto una voz aguda vibró en su oído, casi lastimándoselo.

—¡Eh! —gritó—. ¡Tómelo con calma! ¿Qué sucede?

—¡Sangre! Tienen que venir... ¡Tienen que venir!

—Bueno, iremos, claro. Pero antes dígame quién es usted y qué significa eso de «sangre»...

—¡Sale por debajo de la puerta...!

—¿Quién es usted?

—Marjory Hart... Me llamo Marjory Hart... ¡Por Dios, aprisa!

—Cálmese. Y dígame dónde está usted ahora.

—En casa... Oh, sí... Sheridan, siete seis... Acabo de llegar, y he visto la sangre...

—Está bien, no se mueva de ahí. Su llamada ha sido atendida también por nuestra central y a estas horas hay un patrullero en camino. ¿Está usted sola ahí?

—¡Sí, sí!

—No toque nada.

Cortó la comunicación y se levantó. Frank Carpenter dormitaba detrás de su mesa y gruñó al verle salir del rincón:

—¿Qué pasa, hay fuego?

—Hay sangre.

Carpenter pegó un brinco.

—¿Qué dijiste?

—Vamos, veremos de qué se trata cuando lleguemos.

La mujer les esperaba en la escalera, rodeada ya por la mayoría de vecinos, casi todos envueltos en batas que cubrían sus pijamas.

Marjory Hart tendría treinta años, era de proporciones exuberantes, grandes ojos negros y estaba nerviosa como un gato.

Gray se detuvo junto al guardia que mantenía a distancia algunos curiosos, en la calle, junto al auto-patrulla, cuya radio crepitaba suavemente.

—¿Han estado arriba?

—Están ahí mis compañeros, señor. La sangre salía por debajo de la puerta del apartamento. Eso fue lo que vio la mujer que llamó.

—Comprendo. No deje entrar a nadie.

Siguió a Carpenter hasta donde se arremolinaba el grupo de vecinos.

Marjory Hart casi saltó sobre él.

—¡Fui yo quien les llamó...!

—De acuerdo. Suba con nosotros, por favor.

Arriba, los guardias habían logrado abrir la puerta y a la luz del rellano y la del interior incidían sobre el reguero de sangre que terminaba cerca del primer escalón.

—¡Eso fue lo que vi cuando llegué! —insistió la mujer.

—¿De dónde venía usted, señora?

—¡Señorita, joven! Soy taquillera en el cine Regis.

Un policía de uniforme apareció en la puerta, bordeando la sangre.

—Es una auténtica carnicería, señor —comentó, secándose el sudor de la frente.

—Espere aquí, señorita...

Entraron. Había otro guardia hablando por teléfono. Con una seña indicó lo que reposaba sobre una gastada alfombra.

Era el cuerpo de un hombre, y la apreciación del primer policía era cierta.

El cadáver estaba horriblemente mutilado, como si antes de asesinarle le hubieran torturado salvajemente. La sangre salpicaba incluso las paredes.

Carpenter silbó entre dientes y paseó la mirada alrededor. Todo estaba revuelto, convertido en un revoltijo increíble. Incluso los

cuadros habían sido arrancados de la pared y destrozados a cuchilladas. Los libros, desgarrados y esparcidos; los cajones de los muebles sacados y tirados, con su contenido entremezclado con la sangre.

Gray habló brevemente con el guardia, una vez que este hubo colgado el teléfono. Luego, comunicó con los peritos de la Brigada de Homicidios, y cuando colgó, dijo:

—Esto va a ser un buen dolor de cabeza, a juzgar por cómo lo han hecho.

—Cuidado, no pises esos lentes...

Gray vio unos lentes rotos junto al cadáver. Fijándose en lo que quedaba de la cara del muerto, vio la inequívoca señal sobre el puente de la nariz.

—Pertenecieron a este desgraciado. —Gruñó.

—Han registrado hasta el último rincón. ¿Qué infiernos andarían buscando?

—Cualquiera sabe...

—Se me ocurre que le debemos algo a McShane, ¿no te parece?

Su compañero se encogió de hombros y se fue a dar un vistazo al resto del apartamento.

Carpenter, tras encender un cigarrillo, descolgó el teléfono.

Judd comenzaba a flotar en una espesa bruma de inconsciencia, tendido sobre la cama, cuando el teléfono llamó.

Tardó en alargar el brazo y descolgar el auricular. Sentía un doloroso zumbido en el cráneo y se dijo que si ese zumbido cesara, podría llegar al perfecto estado de inercia mental que deseaba.

—¡Hable! —Gruñó tartajosamente.

—¿McShane?

—Sí.

—¿Eres McShane? ¡Maldita sea! No reconozco tu voz.

—Lo era la última vez que me miré al espejo. ¿Qué diablos pasa?

—Aquí Carpenter.

—¡No me digas!

—Tengo algo para ti, si es que te interesa un asesinato al viejo estilo.

—¿Asesinato?

—Hermoso de verdad. Tortura, sangre por todas partes, el

apartamento hecho migas... no falta nada.

—Una preciosidad, ¿eh?

—¿Te interesa o no?

—Seguro, aunque sólo sea para desintoxicarme un poco. ¿Dónde está esa maravilla?

Escuchó la dirección y colgó, levantándose. Sus piernas se resistieron a sostenerlo y hubo de sentarse en el borde del lecho, sintiéndose apestosamente borracho.

Miró el reloj y soltó una maldición. Señalaba casi las tres de la madrugada.

Anduvo a trompicones hasta el cuarto de baño, y metió la cabeza bajo el chorro de agua fría. Gruñó todo el tiempo, sintiéndose más detestable a cada momento.

Tras secarse con una áspera toalla, regresó al dormitorio y buscó la chaqueta, que estaba tirada entre botellas vacías, revistas atrasadas y periódicos viejos, todo ello amontonado en soberanazo desorden.

Desperdió unos minutos buscando una botella que conservase un poco de *whisky*, pero no encontró ni una gota. Fastidiado, abandonó el apartamento, tratando de recordar dónde demonios había dejado el coche...

CAPÍTULO III

Eran casi las cinco de la madrugada cuando Marjory Hart acabó de desvestirse, enfundándose en un vaporoso pijama azul claro. Era un modelito que según qué clase de dama habría calificado sin vacilar de altamente escandaloso, pero que a ella le encantaba, sobre todo porque le resultaba fresco y cómodo para dormir.

Echó atrás el embozo de la cama, sin poder olvidar las emociones de una noche de pesadilla, cuando alguien llamó a la puerta con los nudillos.

Suspiró. Pensaba que ya habían terminado con ella por esa noche.

Buscó una bata y se envolvió en ella, sin preocuparse demasiado para cubrir el amplio y profundo escote que se desbordaba, a pesar de la bata.

Al abrir, Judd McShane se coló sin titubear.

—Pensé que no se habría acostado todavía —dijo.

—Oiga, usted no es policía, aunque le vi abajo, con los otros...

—Soy reportero.

—¡Lo que me faltaba esta noche!

—¿No le gustaría salir en primera página?

—Olvidelo. No necesito esa clase de publicidad.

—De todos modos, espero que me ayude usted un poco, señorita Hart.

Ella esbozó un gesto de impaciencia.

—A estas horas, no me pida que sea complaciente. Estoy deseando acostarme, y en cuanto a ese horrible suceso, ya lije todo lo que sabía allá abajo.

—Sé todo lo que usted ha declarado...

—Entonces, buenas noches...

—Judd, llámeme Judd, como los amigos.

—No tengo maldito interés en llamarle de ningún modo. Váyase,

¿quiere? Son las cinco de la madrugada...

—Una hora indecente, desde cualquier ángulo que se mire. Si lo sabré yo... Oiga, ¿conocía usted bien a ese tipo que han despachado?

Marjory estuvo a punto de llevarse las manos a la cabeza.

No se dio cuenta de que con el brusco movimiento la bata se abría más de lo conveniente. El escote adquirió una profundidad de vértigo. McShane supo apreciar debidamente este obsequio visual que se le ofrecía.

—¡Por favor, déjeme en paz! ¿Sí? —suplicó la muchacha.

—Sólo unos minutos. ¿Conocía usted a ese tal Edward Murphy?

—¡Sí! —estalló Marjory—. Lo mismo que al resto de mis vecinos. Nos saludábamos cuando coincidíamos en la escalera y cosas así.

—¿No había hablado nunca con él?

—Sólo cambiábamos saludos.

—¿Sabe a qué se dedicaba?

—No. Estaba ausente largas temporadas. Eso es todo lo que sé.

—¿Tampoco puede decirme nada de las visitas que recibía? Usted estaba en casa a horas en que la mayoría están fuera trabajando. Pudo haber visto a alguien visitándole alguna vez.

—¿Quiere decir si recibía mujeres?

—Ajá.

—Pero los detectives han asegurado que ese crimen no podía haberlo cometido ninguna mujer.

—Yo no he dicho que lo hiciera una mujer, sólo he preguntado si recibía la visita de alguna dama. Usted ya me entiende.

—Bueno...

—¿Sí?

—Creo que tenía una amiguita, ¿sabe?

De pronto a ella parecía haberle abandonado el sueño. Poder hablar de estos asuntos le resultaba más atractivo que conversar sobre el cadáver espantoso que había visto.

—Eso se da en las mejores familias —sonrió McShane, mirando en torno, tratando de localizar los licores. Y añadió—: ¿Sabe por casualidad quién era ella?

—Está anunciada en The Dessert. Cantante o algo así... Se llama Eva. La he visto muchas veces en la cartelera de la entrada, porque

paso por delante de la puerta cuando voy a mi trabajo.

—Eso puede ser interesante.

Deslizó la mirada por la extensión de piel blanca que ella le mostraba, una extensión cada vez más amplia y profunda. Pensó que con un poco de suerte, quizá se produjera un pequeño accidente con aquella bata que estaba abriéndose por instantes.

—Oiga, ¿no tendría un trago por casualidad, linda? —preguntó, de pronto.

—¿A estas horas? Mire, ya he sido excesivamente complaciente con usted, así que váyase...

—No ha sido usted ni la mitad de complaciente de lo que yo desearía. Déjeme decirle que...

—No hay nada más que decir —le atajó, indignada—. Si no se marcha ahora mismo, llamaré a la policía. Y no crea que es una baladronada.

—Bueno, bueno, tómelo con calma.

—Y deje de desnudarme con la mirada. No crea que no me he dado cuenta.

—Se me ocurre que con la mirada uno no puede abrir esa bata como está abriéndose sola. Un poco más y...

Ella se arrebujo furiosamente, abrió la puerta de un tirón y exclamó:

—¡Fuera de aquí!

Él caminó despacio hasta ella. La miró con una suave sonrisa y le dijo:

—De todos modos, permítame decirle que tiene unos... éste, un escote precioso.

—¡Maldito fisgón!

Cerró de un portazo y él se fue escaleras abajo, riéndose entre dientes.

El guardia que quedaba en la entrada dijo:

—Creí que se había quedado a dormir en casa de esa dama, McShane.

—Estuve tentado de proponérselo.

—¿Por qué no lo hizo, hombre? Tiene un tipo soberbio.

—Tal vez no estoy en debida forma esta noche.

—Eso debe ser. ¿Se marcha ya?

—Quiero dormir un poco aún. Está amaneciendo y trasnochar

perjudica mi hígado, ¿sabe?

El guardia se echó a reír.

—Yo diría que es otra cosa la que perjudica el hígado de cualquier tipo. Una cosa líquida y embotellada...

—Usted es un puritano, Willy. ¿Dónde cuernos dejé el coche al venir? Nunca recuerdo dónde lo aparco... debe ser una especie de fobia o algo así.

Se alejó calle abajo, rezongando.

Tony Scarnici marcó el número de teléfono una vez más. Estaba poniéndose nervioso, después de haber intentado comunicar sin éxito con este condenado número.

Estaba desnudo de cintura para arriba y sólo llevaba los pantalones de un pijama, porque acababa de bañarse. Scarnici era un tipo concienzudo, cuando se trataba de detalles importantes, como por ejemplo librarse de indiscretas manchas de sangre...

Oyó zumbar el teléfono repetidamente, y al fin sonó un chasquido y una voz.

La voz preguntó:

—¿Quién habla?

—Tony.

—Muy bien.

—Está hecho.

—Eso ya lo sé.

—Estuve llamando durante horas. ¿Dónde demonios estaba?

—Recogiendo informes. Quería asegurarme de que habías hecho un buen trabajo.

—Lo hice. Tal como usted quería.

—¿Lo encontraste? Eso es lo que importa.

—Ahí es donde la cosa se estropeó. No encontré nada. Ni él dijo una palabra. El tipo soportó más de lo que yo imaginaba, y de pronto, se murió.

Scarnici escuchó un violento jadeo y una sarta de maldiciones.

—¿Qué quieres decir con que se murió?

—Estuve «trabajándole» un rato, sin que cediera. Y de repente torció el cuello y se quedó seco. Debía sufrir del corazón o algo así, de modo que se me quedó entre las manos, antes de tiempo... y antes de que pudiera arrancarle una palabra.

—¡Maldita sea tu estampa!

—¡No me grite! Fue una de esas cosas, ya sabe. Bueno, registré todo y no pude encontrar lo que queríamos. Entonces terminé el trabajo con el cadáver, dejándolo tal como usted dijo... Ahora todo el mundo creerá que se trata de la obra de un sádico, o de un loco...

—A veces pienso que eso es lo que eres —rezongó el hombre del teléfono—. Te pasaste de rosca, por lo que he oído.

Tony Scarnici soltó una risita.

—Cada uno sirve para una clase de trabajo —replicó—. ¿Qué haremos ahora? ¿Tiene idea de dónde pudo ocultar eso?

—Ni la más remota... ¡Condenación, Tony, tenemos que hallarlo!

—Eso es cosa suya. Yo hago lo que usted me indica y nada más. No me paga para pensar.

—Dudo que supieras. Estamos peor que antes. ¿Estás seguro de que no dejaste ningún rastro, nada que pueda llevar las sospechas de la policía hacia ti?

—¿Cree que soy idiota? Olvídelo. ¿Cuándo me traerá el dinero?

—Tal vez esta noche. No salgas de tu casa hasta que hable contigo de nuevo.

—Muy bien.

—Y no te metas en ningún lío ahora. No salgas, no contestes al teléfono si no oyes los timbrazos convenidos conmigo. La policía va a organizar el mayor despliegue de fuerzas de la historia para cazarte; así que ten mucho cuidado.

—¿Qué le pasa, está asustado?

—Preocupado. Hay que encontrar lo que trajo ese traidor, y pronto.

—Tal vez lo vendió él por su cuenta.

—No tuvo tiempo. Acababa de llegar.

—Está bien, piense usted en eso. Y no se olvide de mi dinero, porque no le conviene.

—¿Tratas de amenazarme, maldito carnicero?

Tony Scarnici se echó a reír, y colgó el auricular.

Apagó la luz y se metió en la cama. Quedó dormido en unos instantes, como si no pesara sobre su conciencia el crimen más sangriento de los últimos tiempos...

O quizá fuera que Scarnici ignoraba lo que era tener conciencia.

CAPÍTULO IV

McShane golpeó la puerta una vez más y esperó. Luego, colocó el dedo sobre el pulsador del timbre y lo dejó allí, oyendo el suave zumbido en alguna parte del apartamento.

Al fin alguien se aproximó a la puerta desde el otro lado, él dejó de presionar el timbre y sacó un cigarrillo.

La puerta se abrió todo lo que permitía la cadena de seguridad, y una cara soñolienta, bajo una cascada de cabellos rubios, le miró iracunda.

—¿Qué diablos quiere? ¿Hay fuego en alguna parte?

McShane la recorrió de arriba abajo con sus ojos enrojecidos.

Ella se apartó a un lado para huir de su escrutinio, sólo asomando la cara.

—¿Y bien?

—Necesito hablar con usted, Eva. Me ha costado un infierno de trabajo conseguir sus señas antes que la policía.

—¿Policía? —balbuceó—. ¿De qué está hablando?

—La buscan.

—Está tomándome el pelo.

—Lo tiene divino, pero es cierto que tratan de localizarla. O si no están buscándola ya, no tardarán en hacerlo.

—¿Por qué?

—No creo que le guste hablar de esto en el pasillo. Cualquier fisgón podría escucharnos.

—¿Pretende que le deje pasar a estas horas? Me ha sacado de la cama en mi primer sueño...

—Puedo volver a meterla en la cama cuando usted quiera. En serio, necesito hablarle de algo importante. Me llamo Judd McShane, soy periodista y estoy en condiciones de decirle que está usted metida en un lío.

—No veo por qué...

—A causa de Ed Murphy.

—¿Qué pasa con él? Hace meses que no lo veo.

—Le han asesinado esta noche. Yo diría que le han despedazado.

Ella dio un respingo. Sus grandes ojos azules parecieron desprenderse del sueño y le miraron con redoblado interés.

—¿Es cierto eso?

—Sí.

—Déjeme ver sus documentos, amigo. Quiero estar segura de que es realmente quien pretende.

Él le mostró su credencial de periodista. Eva la estudió con sumo cuidado y al fin cerró la puerta para quitar la cadena.

Cuando McShane entró, vio que estaba en un apartamento pequeño, amueblado con gusto y saturado de perfume suave de la muchacha.

Se enfrentó con ella, captando la rosada transparencia del breve camisón de dormir que dejaba al descubierto las exquisitas piernas en toda su extensión.

—Va a pillar un resfriado —comentó—, y a mí me pondrá enfermo, si no tiene una bata o algo a mano.

—Todo lo que yo necesitaba esta noche era un puritano...

Pero se fue, y cuando regresó se había cubierto con algo que flotaba a su alrededor como una nube.

—Me pregunto si así no resulta mucho peor para mí —dijo McShane admirándola descaradamente.

—Al grano. La gente paga por contemplarme.

—Entonces soy afortunado por gozar del espectáculo gratuitamente. Está bien, no se altere. ¿Es cierto que hace tiempo que no ve a Murphy?

—Más de un mes... O tal vez dos. ¿Por qué le han matado?

—No lo sé.

—Deme un cigarrillo.

Encendieron los dos. Ella murmuró:

—Lo siento... Era un buen hombre.

—Para usted, era algo más, según mis informes.

—¿Qué espera ahora, una escena de dignidad ofendida o algo así?

—Era su amante, creo.

—En cierto modo.

—Creo que necesito un trago, nena. Usted me desconcierta.

—Ahí tiene botellas y vasos. Prepare uno para mí... Tal vez me sirva de somnífero cuando pueda volverme a la cama. A propósito, ¿qué hora es?

—Casi las ocho.

—Una hora indecente.

El periodista preparó dos vasos con *whisky* suficiente para ahogar un caballo. Probó el suyo y vio que era un excelente licor.

—Ahí tiene; beba, hermana, se sentirá mejor.

Eva bebió un buen trago, sin respirar. Sus doradas mejillas se cubrieron de color, y cuando apartó el vaso miró fijamente al reportero.

McShane le guiñó un ojo.

—Sabe usted beber, ¿eh? —comentó.

Ella se encogió de hombros y replicó:

—Pero usted me lleva ventaja, McShane. Está casi borracho.

—¿Tanto se me nota?

—Lo lleva bien.

—Estamos desviándonos, preciosa. Hábleme de Edward Murphy.

—¿Qué quiere saber?

—Todo. Si he de escribir un buen reportaje, necesito conocerlo desde la cuna.

—Mis conocimientos no llegan tan lejos. Lo conocí hará cosa de un año. Era amable, atento y considerado conmigo, y quizá por eso acepté el juego de él. Nunca lo he lamentado.

—¿Cuál era su trabajo? ¿Cómo ganaba su dinero?

—Supongo que la policía lo descubrirá sin dificultad, porque Ed no tenía nada que ocultar. Era supervisor de una firma de perfumería, con sucursales en distintos países. De vez en cuando, realizaba un viaje de inspección y luego regresaba. Me llevó consigo una vez... Fue un viaje casi de turismo.

—Lo creo. ¿Qué firma es ésta?

—Paradise Cosmetics, y no irá usted a sospechar que en esa industria hay nada sucio, amigo.

—Por supuesto que no. Es una excelente firma, muy conocida.

—Eso es lo que él hacía. Viajar de vez en cuando y volver aquí.

—Llevaba gafas. La policía las encontró en el suelo, rotas.

—¿Qué hay de raro en eso?

McShane dio otro sorbo a la bebida, antes de decir:

—Mucho. Tuve ocasión de examinarlas, ¿sabe? Eran de cristales normales, sin graduar.

Eva le miró perpleja ahora.

—Se equivoca —murmuró—. Sus gafas eran graduadas... Lo sé porque alguna vez me las había puesto, bromeando, y con ellas no veía a tres pasos de distancia... Él era bastante miope.

—No estoy absolutamente seguro, desde luego —reconoció el periodista, dubitativo—. Sólo miré a través de los cristales unos segundos... pero yo no soy miope, y a través de esos cristales veía igual que sin ellos.

—Entonces, no serían sus gafas. Las de Ed eran graduadas, sin la menor duda.

McShane no replicó. Saboreó casi todo el *whisky* que le quedaba en el vaso, y tras eso murmuró:

—Registraron todo el apartamento de Murphy... Lo hicieron trizas. ¿Qué cree usted qué andaban buscando?

—No puedo saberlo. Él no tenía nada que ocultar. Hacía su trabajo, y eso era todo hasta donde yo sé.

—Debe haber algo más... Algo que incluso usted ignora. No se descuartiza a un tipo sólo para matar el tiempo.

—¿Le importaría hablar de otro modo? —se quejó Eva, estremeciéndose.

Judd encendió otros dos cigarrillos y le pasó uno a la muchacha.

Al mismo tiempo, deslizó sus ojos por encima de su rostro. Era bellissimo, de eso no cabían dudas. Tal vez con algún año más del que ella hubiese querido, pero tenía unos ojos grandes, azules y profundos y unos labios carnosos, de trazo suave, que casaban bien con el mentón voluntarioso y los pómulos un tanto exóticos.

—Si ha terminado el examen, quizá quiera preparar otra bebida para mí —le espetó ella, de pronto.

—Es usted muy bonita.

—A estas horas soy incapaz de apreciar sus cumplidos, McShane.

—Dígame a qué hora del día o de la noche tiene usted su momento débil y volveré.

—¿Pretende ocupar el puesto de Ed?

—No debería usted decir las cosas de ese modo... Pero después de conocerla, no creo que sea usted de las que admiten cualquier

sustituto a las primeras de cambio.

—Muy amable...

Judd llenó otra vez los vasos y regresó junto a la muchacha.

—Por otra parte —añadió—. Yo no dispongo de los ingresos de un brillante ejecutivo de ventas.

Eva sorbió el *whisky*, sin dejar de mirarle con el ceño fruncido.

—McShane, es usted un estúpido borracho —musitó como si eso fuese un elogio.

—Ya lo sé.

—Si yo me enamorase de usted, no me importaría maldita la cosa su cuenta corriente.

—Eso abre la ventana de mis esperanzas. Y ahora, volvamos al amigo Murphy, ¿sí? Dígame si le conocía usted enemigos, si le había hablado él alguna vez de alguien que le odiara o algo parecido...

—Nones. Era una buena persona. No tenía enemigos, que yo sepa.

—Debía tenerlos, cuando uno de ellos, por lo menos, le ha hecho ese trabajito...

Ella se encogió de hombros, vació el vaso y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Si no le importa —dijo resueltamente—, la entrevista ha terminado.

—¿Va usted a acostarse otra vez?

—¿Usted qué cree? ¡Por supuesto que voy a volverme a la cama! Anoche terminé mi trabajo casi a las cuatro de la madrugada.

—Ya... claro. Yo aún no lo he terminado. Esto va a acabar con mi hígado.

—¿El *whisky*?

—El insomnio.

Caminó cansinamente hasta la puerta. Ella la abrió y antes de que pudiera darse cuenta de las intenciones de McShane, éste inclinó la cabeza y la besó ligeramente.

—Deseaba hacerlo desde que entré —dijo como disculpa.

Y se fue.

Eva se pasó la lengua por los labios. Apenas notó el sabor del *whisky* que quedaba en su boca. Sólo la breve caricia del beso que apenas lo había sido.

Cerró poco a poco, se despojó del salto de cama y se acostó.
Pero no pudo reanudar el sueño en todo el resto de la mañana.

CAPÍTULO V

—¡Por los clavos de Cristo, McShane, no me venga con cuentos!

El vozarrón hizo temblar los cristales de las lámparas y llegó a oídos de los reporteros y mecanógrafas que trabajaban más allá.

El crepitar de los teletipos, el monótono tecleo de las máquinas de escribir y los zumbidos de los teléfonos siguieron su ritmo en toda la redacción, pero McShane sabía que ahora muchos oídos estaban pendientes del cubil de la fiera donde él se había metido.

—Encárguele a otro esa porquería —dijo casi durmiéndose—. Prefiero ocuparme de la carnicería cometida esta noche con Edward Murphy.

—¡Tú empezaste con lo del profesor Krakover! Conoces el asunto y vas a terminarlo.

—¿Y lo de Murphy?

—Ya buscaré a alguien que cubra este asunto.

—Me pertenece a mí. Yo lo he «levantado».

—Seguro que lo hiciste... Pero no he visto una maldita línea escrita todavía. Y la competición lo sacará en la primera edición.

—¿Y qué tendrán? Nada. Una gacetilla idiota y eso será todo.

—Será más de lo que tendremos nosotros.

—Mire, Whitney, tengo la corazonada de que va a ser un gran caso... de los que aumentan las tiradas. Voy a continuar en él.

—Muy bien, hazlo. Pero sin abandonar lo del científico.

—Eso me da náuseas.

Whitney, jefe de redacción y candidato a un inminente infarto de miocardio, bufó:

—¡Te da náuseas! ¿A ti? ¡Maldita sea, McShane! Prefieres entendértelas con cadáveres despedazados, nauseabundos, con sangre hasta en el techo... No puedo entenderlo.

—Eso se debe a mi hígado.

—Deja de beber... ¡Oh, maldita sea! Ni siquiera sé lo que me

digo... ¡Largo de aquí!

Judd se levantó pesadamente. Daba la sensación de que iba a quedar dormido en cualquier momento.

—¿Sabe usted una cosa, Whitney? —refunfuñó—. El día menos pensado reventará en mitad de uno de sus gritos y morirá con la boca abierta. Piense en eso...

Se fue, sin escuchar la sarta de improperios que se ahogaron cuando cerró la puerta de cristal.

Muchas cabezas estaban vueltas hacia él. Hizo una burlona reverencia y abandonó la redacción, seguido por el teclear incesante de las máquinas y los apagados comentarios del personal.

En su pequeño despacho, el teniente Snyder gruñó:

—Si quiere dormir, lárguese a su cueva, McShane.

El reportero estiró las largas piernas, tumbado en la silla.

—Quiero información, Snyder. Por ejemplo, los lentes del muerto.

—Usted estaba en lo cierto, no estaban graduados. Eran cristales corrientes. A veces, me maravillo de que con todo el alcohol que suele llevar dentro, aún sea capaz de conservar su olfato periodístico.

—Mi olfato no me preocupa. Siga hablándome de los lentes.

—Estamos siguiéndoles la pista. Es algo curioso, porque nos consta que ese Murphy era realmente miope. Todos los vecinos coinciden en eso, lo mismo que sus compañeros de trabajo.

—Entonces, ¿por qué llevaba gafas sin graduar?

—Por el momento, eso es un misterio.

—¿Enemigos? Tal vez rencillas entre sus compañeros de trabajo. Tenía un buen puesto, creo.

—Muy bueno. Con viajes frecuentes a todas partes del mundo, gastos pagados y buen sueldo. Pero en la Paradise Cosmetics estaba bien considerado, y apenas si tenía relaciones allí con nadie que no fueran sus inmediatos colaboradores.

—Ya veo.

Bostezó descaradamente. Snyder arrugó el ceño.

—Váyase a dormir, McShane, y déjeme trabajar en paz. ¿Quiere?

—Okey, ya me largo. ¿Saben si tenía alguna amiga?

—Estamos ahora sobre eso... Había una chica que le visitaba de

vez en cuando, pero no sabemos aún quién era.

McShane desvió la mirada y se encaminó a la puerta.

—Avíseme si la encuentran, teniente...

Salió, cerrando suavemente. Apenas podía mantener los ojos abiertos y, al llegar a la calle, el sol le hirió las retinas como un hierro al rojo.

Llamó un taxi y se hizo conducir a su apartamento. Ni siquiera trató de buscar el coche que, como de costumbre, había olvidado dónde lo dejara aparcado...

Tony Scarnici abrió la puerta del apartamento y entró, cerrando a sus espaldas.

Dejó los periódicos sobre la mesa, y tiró los tres paquetes de cigarrillos que había comprado junto a, los diarios. Se aburría, y estaba impaciente por que le entregasen el dinero. Entonces se largaría una temporada al sur.

El hombre del teléfono le había ordenado no abandonar su guarida, pero las horas se hacían eternas allí encerrado, de modo que había salido, y al infierno con el tipo.

Fue al aparador y vertió una buena cantidad de *whisky* en un vaso. Luego le echó hielo y fue a sentarse el diván, dispuesto a matar el tiempo leyendo los periódicos. Quería recrearse con las informaciones del crimen, divertirse con el desconcierto de la policía, ante un hecho que jamás podrían resolver.

Bebió la mitad del *whisky* de un trago, dejó el vaso a un lado y desplegó el primero de los periódicos.

Empezaba a leerlo cuando sintió el súbito calambre en el estómago.

Fue algo inesperado brutal como una cuchillada. Se quedó sin aliento y jadeando, sorprendido.

El dolor se repitió, agudo, terrible, igual que una feroz desgarradura. Sus piernas cedieron y cayó de bruces frente al diván.

Gimoteó, luchando por recobrar el aliento y levantarse. Quiso gritar porque el dolor era una pesadilla increíble, pero de su garganta apenas si salió un breve quejido.

En alguna parte oyó el chasquido de una cerradura. Ladeó la cabeza y vio abrirse la puerta y entrar un hombre, que cerró otra vez.

Todo estaba confuso ante sus ojos. Tan confuso como el

torbellino desencadenado en su mente a impulsos del dolor y el pánico.

El recién llegado se aproximó. Le vio los zapatos... unos zapatos enormes, incongruentes, negros.

La muerte descargaba sus zarpazos en lo más profundo de sus entrañas. Boqueó, tratando de pedir ayuda.

El hombre erguido junto a él sonrió con una extraña mueca.

—No hay nada que hacer, Scarnici —dijo con voz queda—. Lo que has bebido con el *whisky* era veneno... Estás prácticamente muerto.

—¿Por qué...? Yo... le...

—Porque ya no puedo fiarme de ti. Entré y tú no estabas. Puse el veneno en la botella, seguro de que beberías no más llegar... Bebías demasiado, Tony... Eso es muy malo para quien hace tu clase de trabajo.

—¡Por... favor...!

El hombre abrió una ligera cartera de mano, y extrajo un impermeable de plástico, que desplegó. Después de ponérselo le cubría hasta los pies... aquellos pies enormes... gigantescos...

Scarnici se retorció como un gusano. Apenas veía, y los oídos le zumbaban.

Pero aún conservaba visión suficiente para ver cómo el hombre sacaba un largo y afilado cuchillo de la cartera, y unos guantes...

—¿Comprendes, Tony? La policía tiene entre manos el crimen de un loco... aunque conserva algunas dudas. Ya no tendrá ninguna duda cuando encuentren el segundo cuerpo despedazado por un sádico demente. El tuyo. Te haré un buen trabajo, y todo el mundo pensará que es obra del mismo que despachó a Murphy...

La visión se borró de sus ojos. Ahora todo su cuerpo era un latido, un gigantesco latido de dolor, que agarrotaba sus miembros.

Cuando el cuchillo descendió por primera vez, desgarrando sus carnes, apenas si sintió más dolor del que ya le atenazaba.

Después, al iniciarse la orgía de sangre, ya no sintió nada porque la muerte fue más piadosa con él de lo que había esperar, tratándose de un asesino de la peor especie.

Pero con su muerte, el cuchillo no detuvo su salvaje ir y venir. La demencial mutilación no acabó hasta que el cadáver del asesino estuvo convertido en una visión de pesadilla, una nauseabunda

pesadilla que de nuevo volvería locos a los policías de la Brigada de Homicidios.

El nuevo criminal tomó uno de los periódicos que estaban sobre la mesa, y limpió con él el cuchillo.

De pronto, vio que en la primera página había un pequeño recuadro, con la escasa información del asesinato de Edward Murphy, y la leyó de un tirón.

No era mucho. Apenas nada.

Pero se mencionaba algo en ella que le dio mucho que pensar.

Tanto, que casi se olvidó del cuerpo que yacía en el suelo, hecho una piltrafa.

No pudo contener una seca y breve risa. Arrojó el diario a un lado, y sus ojos se dirigieron al despedazado Scarnici.

—¡Estúpido! —masculló—. Lo tuviste al alcance de la mano...

Volvió a tomar el cuchillo, se inclinó y remató de manera espantosa su obra de destrucción. Cuando se incorporó poco a poco, masculló aún:

—Nunca imaginaste que aportarías algo a la ciencia, Tony...

Desgarró un pedazo de periódico, y depositó en él lo que acababa de arrebatar al cuerpo...

Dos ojos que goteaban sangre.

CAPÍTULO VI

Estaba navegando en medio de una gran tormenta. Se sentía flotar sobre la cresta de las olas como si el barco fuera un simple juguete de la tempestad.

El huracán rugía dentro de su propio cráneo. Lanzó un quejido y alguien dijo:

—¡Maldita sea tu estampa! ¿Qué te pasa, no puedes abrir los ojos?

Sintió cómo le zarandeaban. El barco debía haber naufragado...

—¡McShane!

La voz llegaba de muy lejos.

Sintió cómo le martilleaba la cabeza a cada violento zarandeo, y al fin lanzó un gruñido y se revolvió.

Parpadeando, se encontró mirando las caras preocupadas de Gray y de Carpenter, que estaban sacudiéndole de mala manera.

—¡Ya basta...!

—¡Ha resucitado...! —cacareó Gray—. ¿Qué tal se siente uno estando muerto?

—¡Al cuerno! ¿Qué pasa?

—Mejor será que te des una ducha o no podrás entendernos.

—Todo lo que quiero es dormir.

—¡Dormir! ¿Oyes esto, Carpenter? Dormir a las ocho de la noche.

McShane parpadeó, tratando de aclarar la turbia visión de sus ojos.

—¿Qué dijiste?

—Son las ocho.

Sacudió la cabeza. Casi en volandas, le llevaron al cuarto de baño. No se tomaron la molestia de librarle del pijama. Sólo le colocaron bajo la ducha y abrieron el grifo.

El reportero lanzó un grito y una sarta de maldiciones. Los dos

policías le dejaron allí y regresaron al dormitorio, contemplando el artístico desorden con ojo crítico.

Frank Carpenter rezongó:

—Me gustaría saber por qué bebe de ese modo... Es el tipo más listo que conocí jamás, de modo que ha de saber que está destruyéndose a sí mismo...

—Mejor no le hables de eso.

—¿Por qué?

—Es algo que lleva dentro. Se vuelve loco, si alguien lo saca a relucir.

—¿Tú sabes de qué se trata?

—Sí. Conozco a McShane hace muchos años.

—¡Pareja de bastardos! —resonó la voz del periodista—. Algún día me dará el gustazo de pisotearles las tripas a los dos...

Estaba en la puerta del baño, chorreando, tiritando, la imagen desolada de una sombra de hombre.

—Vístete. El teniente Snyder quiere verte. Después, iremos de excursión.

Les miró, apartándose el agua de la cara a manotazos.

—¿Qué es lo que pasa?

—Vístete.

Volvió atrás para secarse. Esperaron hasta que se hubo vestido. Su rostro aparecía macilento y con oscuras sombras en torno a los ojos veteados de rojo.

Gray le ofreció un cigarrillo encendido, y comentó:

—La pillaste redonda, Judd. Cualquier día revientas.

—Bueno.

—Aunque se me ocurre que acabarías antes, si te pegases un tiro.

McShane se volvió como si le hubiera mordido una serpiente. Sus ojos negros se convirtieron en dos rendijas llameantes.

—Dejemos esto claro, Gray. —Silbó, furioso—. No vuelvas a hablarme así o te haré pedazos.

—No podrías, McShane... a menos que me llevases contigo en el coche.

Carpenter lo vio y no lo vio. Fue algo súbito, como una explosión.

McShane dejó escapar un rugido y lanzó su puño. Tenía unos

puños enormes y duros. Gray se elevó del suelo, dio una voltereta y aterrizó junto a la puerta.

Rechinando los dientes, McShane fue hacia él como un bisonte enfurecido.

Gray empezaba a levantarse. Se dio cuenta demasiado tarde que había sobrepasado la línea divisoria que él conocía bien, y trató de cubrirse.

Carpenter saltó sobre Judd a tiempo de pararlo en su camino. Le empujó brutalmente hacia atrás, y luego sacó el «38» de la funda.

—¡Quieto, McShane, o te abro un agujero en la pierna!

McShane titubeó, mientras Gray se ponía fuera de su alcance.

Carpenter repitió:

—¡Quieto ahí, muchacho!

Gray dijo:

—Guarda el revólver, Frank. Nadie va a disparar aquí.

Tras una vacilación, el policía obedeció. Hizo desaparecer el «38» en su funda y miró curiosamente al reportero.

Estaba pálido y sus ojos llameaban.

Gray le miró y dijo:

—Lo siento, Judd, no quise decirlo... Bueno, ya sabes...

McShane cabeceó, abriendo y cerrando sus grandes puños.

—Está bien. Vámonos.

Carpenter estaba perplejo por lo que había visto. Y también preocupado. Si alguna vez tenía que enfrentarse con el periodista, se juró a sí mismo no hacerlo a puñetazos, estuviera borracho o no.

El teniente Snyder se hallaba sumergido en un mar de documentos, cuando penetraron en su oficina. Apenas levantó la mirada cuando dijo:

—Debería ordenar que le encerrasen, McShane.

—¿Qué fue lo que hice mal?

—Todo.

—No lo entiendo...

—Primero vino aquí casi dormido aparentemente, buscando información. Tuvo la desfachatez de preguntarme por la amiguita de Murphy, y yo fui lo bastante estúpido para creerle...

—Ya veo.

—Si es capaz de verlo tan fácilmente, demuestra que ahora no está bebido. ¿Por qué no me dijo que usted conocía a esa mujer, y

que ya había hablado con ella?

—Me pasó por alto... Apenas coordinaba.

—¡A otro perro con ese hueso! Usted obstruyó nuestro trabajo.

—No hice tal cosa. Sólo olvidé mencionar un dato. Además, un dato sin importancia, a mi modo de ver.

Snyder soltó un bufido. Entonces se fijó en la cara de Cray, y dio un brinco.

—¿Qué demonios le pasó a usted, quién le golpeó?

El detective se llevó la mano a la cara. Tenía un hematoma que se oscurecía por momentos.

—Nadie, teniente. —Gruñó—. Tropecé con una puerta.

Los ojos de Snyder saltaron de uno al otro.

—Debía andar usted dormido para pegar contra una puerta con ese lado de la cara —rezongó—. No me digan que ese tipo ha ofrecido resistencia...

—En absoluto, señor.

—Está bien. Y usted, McShane, olvídense de mi nombre. No vuelva nunca más a pedirme información de ningún tipo. ¿Entendido? No le diría ni el parte meteorológico.

—Bueno, es usted muy susceptible...

—¡Llévenselo!

Le sacaron del despacho y, una vez fuera, Carpenter gruñó:

—La hiciste buena. Snyder no olvidará eso fácilmente.

—¡Al infierno con él! ¿Qué sigue ahora?

—Una visita al hotel.

—¿Qué?

—Quiero que veas algo, McShane. Después, hablaremos.

Salieron y, en el mismo coche policíaco, se encaminaron al depósito de cadáveres.

El sombrío edificio estaba envuelto en niebla cuando llegaron. Una luz amarillenta se desparramaba fuera de la puerta.

Gray le empujó hacia el interior de la Morgue. Olía a desinfectante y a muerte.

El guardián salió de su cubículo. Llevaba la cabeza envuelta en vendas, como si fuera el turbante de un mahometano, y tenía el rostro más pálido que de costumbre.

Judd gruñó:

—Hola, Avery. Si hubiera sabido que iba a venir le hubiera

traído una botella, pero estos zánganos me han traído en volandas. ¿Qué le pasó en la cabeza? No me diga que se le rebeló uno de sus inquilinos.

—No fue ningún muerto quien me sacudió en la nuca.

—¿Eso hicieron?

Gray dijo:

—Por poco no lo mataron.

—¿Quiénes?

—No lo sabemos. Por eso te hemos traído aquí.

—Alguien debe haberse vuelto loco. ¿Qué tengo yo que ver con el fulano que ha golpeado a Avery?

—Tal vez nada.

—¡Ya basta de misterios! ¿De qué se trata, Gray?

Avery refunfuñó:

—Es una pesadilla, ¿sabes? Llevo veinte años en este agujero, cuidando de los «tiesos» como si fueran mi propia familia, y nunca me había sucedido nada semejante...

—Es mejor que lo vea —propuso Carpenter, impaciente.

—Claro.

Avery les guió hasta las cámaras refrigeradoras. Se detuvo ante una de las puertas y tiró de ella.

La camilla se deslizó chirriando sobre los rieles. El cuerpo que contenía estaba cubierto por una sábana. Gray masculló tan solo:

—Es Edward Murphy.

—¿Qué pasa con él? Me harté de verle en su apartamento.

—Algo ha cambiado ahora.

—¿Cambiado? —McShane trataba de aclarar su mente aturdida aún. Añadió, casi sin aliento—. ¿Quieres decir que han dado el cambiazos con el fiambre?

—¿Cambiazos? —masculló Avery—. ¿De qué están hablando todos ustedes?

—Quite esa sábana y terminemos —ordenó Carpenter, ceñudo.

Avery se encogió de hombros.

Agarró la sábana y tiró de ella, descubriendo el rostro torturado de Murphy, que McShane ya viera en el apartamento del crimen.

De pronto, el reportero dejó escapar el aire retenido en sus pulmones. Sintió un frío de muerte en las entrañas, y se tambaleó al ver las cuencas vacías de aquella cabeza.

Alguien había arrancado los ojos del cadáver.

CAPÍTULO VII

Al salir de aquel antro, McShane gruñó:

—Necesito un trago.

—Yo tengo algo...

Avery le pasó una botella aplanada. Casi la vació sin respirar.

Gray dijo:

—Tú estuviste hablándonos de un chiflado que anda buscando ojos para sus experimentos... los ojos de un muerto. ¿Crees que eso es obra de ese viejo?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Vas a acompañarnos a hacerle una visita, Judd. Hablaremos con él.

—Bueno.

Avery le arrebató la botella de un zarpazo.

—Es todo lo que me queda para la noche, McShane —protestó ocultándola—. ¿Cómo diablos crees que aguantaría aquí, si no tuviera un poco de este anestésico?

Carpenter metió baza.

—Han golpeado bárbaramente a Avery para entrar y sacarle los ojos al muerto, McShane. ¿Crees capaz al chiflado que conociste de hacer una cosa como ésta?

—El maldito loco es capaz de cualquier cosa. Lo que hizo con aquel pobre perro... no puedo quitármelo de la cabeza.

Gray consultó su reloj.

—Voy a llamar al teniente para decirle que nos vamos a ver al científico, en compañía de McShane.

—Apresúrate.

El detective entró en el cubil de Avery y descolgó el teléfono.

Judd gruñó:

—Si esto es obra del viejo chivo, soy capaz de arrancarle la cabeza de un tortazo.

Encendió un cigarrillo, y exhaló el humo largamente, sumido en extraños pensamientos.

Cuando Gray regresó, tenía la cara gris.

Carpenter, sorprendido, preguntó:

—¿Qué te pasa, hombre?

—Han encontrado otro tipo descuartizado... hecho tiras.

—¿Otro?

—Snyder no sabía los detalles todavía.

McShane se encogió de hombros.

—Ese carnicero va a dar mucho trabajo. —Gruñó—. Pero eso no es nada como para ponerte enfermo.

—Hay algo más...

—¿Qué?

—A ese cadáver también le faltan los ojos.

Llegaron cuando los peritos estaban sumidos en su trabajo.

McShane contempló la sangre que salpicaba toda la estancia, el increíble destrozo cometido con el cadáver, y aquellas cuencas vacías y sangrantes, como cavernas alucinantes.

Volviéndose de espaldas, sintió deseos de vomitar.

Gray y Carpenter hablaban en voz baja, con sus compañeros de la Brigada. De momento, parecían haberse olvidado de él.

Fumando sin cesar para dominar las náuseas, se deslizó hacia el dormitorio.

Allí todo estaba en orden, excepto la cama, que no había sido arreglada, después de haber dormido en ella.

Salió y entró en la cocina. Había otra puerta allí que comunicaba con la escalera de seguridad contra incendios. La abrió y atisbó fuera.

Había unas luces en el callejón, que apenas si eran pálidos reflejos en la niebla que subía del río. Estuvo examinando los peldaños, sin hallar ni una huella de sangre.

Regresó a la cocina. Había platos y vasos sucios en el fregadero, con restos secos de alimentos y bebidas.

Tras él, Gray comentó:

—Parece como si el tipo no saliera mucho de casa, ¿eh...?

—Comía aquí, sin duda. He visto una escalera de escape ahí...

—Ya la han examinado. Pero el asesino no salió por ella, si es eso lo que quieres saber. Utilizó la puerta, tanto para entrar como

para salir, y no necesitó forzarla.

—¿Quieres decir que tenía una llave?

—O eso, o su propia víctima le franqueó el paso.

—Eso no encaja mucho con un asesino sicopático, un demente que mata impulsado tan sólo por sus instintos destructivos...

—No podemos saberlo aún.

—¿Quién era ese tipo?

—Se llamaba Anthony Scarnici. Estaba fichado, y había cumplido dos condenas por asalto y lesiones. Sabremos más de él cuando tengamos todo su historial completo.

McShane dio un vistazo a la oscura mancha del rostro del detective y esbozó una mueca.

—Lamento haberte sacudido, polizonte, pero me sacaste de quicio... Tengo muy mal genio cuando me sacan de la cama.

—Sí, ya sé... Creo que lo hiciste en obsequio de Carpenter. Fue una tontería.

—¿Olvidado?

Gray se encogió de hombros.

—Me la gané —dijo—. Olvidado.

—¿Qué vais a hacer con este asunto del carnicero ese que anda suelto? Tú sabes que cuando los periódicos saquen toda la historia, se desencadenará una oleada de pánico...

—Eso es algo que no podremos evitar. A propósito, ese fulano, Scarnici, había salido a comprar todos los periódicos de la tarde. Están ahí, manchados de sangre. Todos traen la noticia del asesinato de Murphy en primera página... menos el tuyo.

—Lo sé.

—No escribiste ni una línea, McShane. ¿Por qué?

—Cuando yo escriba será porque tengo algo que darles a los lectores. Esos otros sólo les han proporcionado una gran cantidad de nada.

—Ya veo...

—¡Eh, Gray! —Sonó la voz de Carpenter.

Entraron en la sala donde yacía el cadáver. Uno de los detectives sostenía, protegiéndose los dedos con un pañuelo, un afilado cuchillo de resorte de siniestra hoja.

—¿Es el arma del crimen? —indagó Judd.

—No... pero este cuchillo fue lavado recientemente, y ocultado

después en el fondo de un cajón lleno de ropa. Aún está húmedo.

—Que lo lleven al laboratorio. Si encuentran muestras de sangre, que averigüen de qué grupo es, y si coincide con la del muerto.

Carpenter gruñó:

—No coincidirá. Dice el forense que los cortes fueron hechos con un cuchillo mucho más grande que éste.

—De cualquier modo, que lo examinen.

McShane encendió otro cigarrillo.

—Se me ocurre una cosa, Gray...

—Suéltalo, sea lo que sea.

—He oído hablar de sádicos más locos que una cabra, sedientos de sangre... pero todos ellos preferían sangre de mujer. Mataban a mujeres, aunque no me preguntes por qué razón. Éste es el primero que prefiere hombres.

—Ya he pensado en eso...

El forense aún continuaba con su examen del cadáver.

Judd paseó la mirada alrededor. Vio el aparador, con una botella de *whisky* y vasos.

—¿Han terminado los peritos con la botella? —preguntó.

Gray sacudió la cabeza.

—¿No puedes pensar en otra cosa?

—Pienso mucho mejor cuando tengo el estómago caliente.

—Está bien. Cuando llegue el momento, asistiré a tu entierro con mucho gusto.

—Para entonces, maldito si me importará.

Caminó cansinamente hacia el aparador. Buscó un vaso limpio y, cuando lo encontró, tomó la botella.

Estaba casi a la mitad. Vertió *whisky* hasta la mitad del vaso y, al dejar la botella, oyó al médico que comentaba con voz intrigada:

—Aquí hay algo muy raro. Este tipo no murió de las cuchilladas.

McShane se volvió en redondo, sosteniendo el vaso en la mano.

Gray rezongó:

—¿Qué quiere decir exactamente, *doc*?

—Mire esa espuma que tiene en las comisuras de los labios. La sangre casi la ha borrado, pero aún queda... Además, esas heridas...

—¿Veneno?

—La espuma así lo da a entender. Claro que sin la autopsia es

difícil afirmarlo, pero yo diría que fue envenenado.

McShane tenía el vaso cerca de los labios, pero detuvo la mano y se quedó muy quieto, sintiendo un vivo escalofrío recorriéndole la espalda.

Olisqueó el vaso. Sin duda, olía a *whisky*.

Y también a algo más.

—¡Que me cuelguen! —jadeó—. ¡Gray...!

—¿Qué te...? ¡Eh, no bebas, McShane!

—Estuve a punto...

El médico le quitó el vaso de las manos. Lo olió, y arrugó el ceño.

—Hay algo en ese *whisky*, desde luego...

—¿Qué?

—No puedo decirlo, sin un previo examen. ¿De dónde lo sacó, de esa botella?

—Sí.

—La llevaré al laboratorio también. Amigo, es usted un tipo con suerte.

McShane sintió retorcersele el estómago.

Carpenter refunfuñó:

—Si después de eso, no dejas de beber...

—No hay veneno en todas las botellas del mercado, que yo sepa. ¿Cuándo nos vamos a ver al viejo chivo?

—Aguarda un poco.

—Quiero salir de aquí. Necesito que me dé el aire. Y necesito un trago.

—Habrás de esperar a que terminemos.

—No será aquí, contemplando esta belleza... Me voy abajo.

—Está bien, pero no te alejes.

Descendió a la calle, y en la acera encendió un cigarrillo tras otro, desconcertado, impaciente y asustado por la muerte que le había rondado con aquel vaso de *whisky*...

Cuando los dos detectives se reunieron con él había agotado su provisión de cigarrillos... y casi su paciencia.

CAPÍTULO VIII

El laboratorio era un lugar sombrío, lleno de extraños aparatos, retortas de cristal, microscopios, comprobadores y baños centrífugos.

Alargadas mesas de cristal, vitrinas llenas de relucientes instrumentos de cirugía, y más allá, en una zona ahora en sombras, una mesa de operaciones, moderna, articulada, bajo un enorme foco ahora apagado.

Los dos detectives pasearon la mirada por todo y los mil detalles más que les llamaban la atención, detenidos en la puerta.

McShane señaló al hombre canoso que les había franqueado la entrada.

—Profesor, éstos son detectives de la Brigada de Homicidios.

—¿Policías?

—Sí.

—¿Por qué los ha traído usted, McShane? Eso no entraba en nuestro convenio. Le dije que no admitiría curiosos ni fotografías. De lo contrario, no hubiera accedido a esas entrevistas concertadas con su periódico.

—Ellos están aquí por otro asunto. Mis artículos sobre usted y su trabajo habrán de esperar.

—Bien, que hablen ellos. ¿Por qué han venido?

Gray carraspeó. Tenía la mirada fija en algo que había bajo una luz.

Lo señaló, preguntando:

—¿Qué es aquello, profesor?

—Una pequeña cámara de hibernación. Su temperatura interior ronda los cuarenta grados bajo cero.

—¿Para qué sirve?

—Ustedes no han venido a interesarse por mi ciencia ni mis experimentos. Acaben, por favor. Tengo mucho trabajo.

Gray avanzó, ante la mirada cada vez más indignada del científico. Carpenter preguntó a su vez:

—¿Trabaja usted solo, profesor Krakover?

—Tengo un ayudante, aunque ahora no esté aquí. Él termina su trabajo a las siete.

De pronto, Gray dejó escapar una exclamación de estupor.

Krakover se volvió vivamente y casi corrió hacia el detective que estaba parado junto a la vitrina de cristal iluminada.

—¡No toque nada! —aulló el científico—. ¡Apártese de ahí!

—Mira eso, Carpenter —jadeó Gray.

McShane lo vio también.

Dentro de la pequeña cámara helada distinguió dos ojos que reposaban sobre una pequeña retorta de cristal. De la parte posterior de cada ojo salían unos finísimos hilos eléctricos, que terminaban en un complicado aparato adosado a una de las paredes de la cámara. Eran hilos casi invisibles, tan delicados como pudieran serlo los nervios humanos.

El reportero gruñó:

—Parece como si nos estuvieran mirando...

—Tal vez nos ven. —Cacareó el profesor—. Esos ojos siguen disfrutando de riego sanguíneo a la presión y temperatura normales y sus células están conectadas a un pequeño cerebro electrónico que recoge sus ondas magnéticas ligerísimas ondas desde luego... pero que demuestran que estos ojos «están vivos».

McShane emitió un sordo quejido.

Gray dio un respingo y se volvió.

Carpenter dijo de mal talante:

—Está burlándose de nosotros, ¿no es cierto, profesor?

—Nada más lejos de mi intención... Miren.

Se deslizó al otro lado de la mesa, y conectó una nueva luz. Apareció una caja gris, llena de extraños controles. Pudieron ver que a ella iban a morir unos conductores eléctricos, que partían del aparato adosado al cristal de la urna.

En un ángulo de la caja había una diminuta pantalla, semejante a la de un televisor de doce pulgadas, que se iluminó poco a poco.

Krakover conectó algunos de los diales, pulsó unos botones, y del aparato surgió un leve zumbido. En la pantalla apareció una línea roja, oscilante, sobre un fondo graduado, semejante a la hoja

de un electroencefalógrafo.

—Observen... oscila casi con regularidad absoluta...

¿No es cierto?

—Sí, claro...

—Esa línea es ahora la vibración visual de los ojos. Están en reposo. Pero fíjense ahora.

Retrocedió para rodear la mesa. Tomó una diminuta linterna eléctrica, y apagó la luz de la vitrina de cristal. Luego, con un movimiento brusco, enfocó el delgado rayo de luz de la linterna hacia los ojos.

Instantáneamente, la línea roja osciló con violencia, creando agudas aristas arriba y abajo.

Cuando el profesor apagó la linterna, la línea se aquietó rápidamente hasta obtener la plácida oscilación del principio.

—¿Qué les parece? —cacareó—. Estoy al borde del éxito... un poco más y obtendré imágenes... las imágenes que el sujeto viera antes de morir. Esas imágenes quedan registradas en la retina... en un microscópico centro nervioso del ojo... Yo haré que se proyecten en esa pantalla, dentro de poco tiempo...

Gray salió de su paralizante estupor y retrocedió.

McShane dijo con voz segura:

—No creo que lo consiga usted nunca, profesor. Por lo menos, eso deseo...

—Usted es un retrógrado, McShane.

Carpenter señaló los ojos de la vitrina.

—¿Son ojos humanos, profesor, ojos de algún cadáver?

—¡Qué más quisiera yo! No, son los ojos de un perro solamente.

Gray carraspeó.

—Yo pensé que sus experimentos saldrían mejor con material humano...

—Ciertamente. Y voy a hacerlos con ojos humanos, tan pronto pueda obtenerlos... Estoy en negociaciones con algunos hospitales, pero hasta ahora, sin resultado. Y díganme. ¿A qué se debe su visita, caballeros?

—Verá. Se han cometido dos asesinatos particularmente brutales. En ambos casos, los ojos de los cadáveres han sido arrancados. No hemos podido hallarlos hasta ahora.

Krakovir les miró alelado.

—¿Es posible...? —balbució.

—Por eso estamos aquí. Usted necesita ojos humanos para seguir adelante con sus experimentos.

—¿De veras creen que yo he matado a esa gente para robarles los ojos?

—Es una posibilidad.

—Absurdo...

McShane terció:

—No tratan de acusarle de asesinato, profesor. Realmente, los ojos de uno de los cadáveres desaparecieron mucho tiempo después del crimen...

—De todos modos, es absurdo que hayan pensado en mí. Y si eso se lo debo a usted, McShane...

—A mí no me meta en el lío.

Carpenter gruñó:

—No nos desviemos. Profesor, ¿le importaría que diésemos un vistazo por aquí?

—¡Por supuesto! No permitiré que revuelvan todo esto, con sus torpes manazas.

—Usted sabe que podemos obtener un mandato judicial en regla.

—Cuando lo tengan, vuelvan. Y usted, McShane, espero que no se le ocurra aparecer nunca más por aquí.

—Esa orden la obedeceré con sumo gusto.

Krakovover empezaba a enfurecerse. Desconectó la gran caja gris y señaló la puerta.

—Márchense de una vez. No tienen ningún derecho a estar aquí.

Gray se había deslizado hacia una de las paredes, sin que el científico le descubriera, enzarzado en una discusión con Carpenter.

En la pared había una pequeña puerta. Gray la abrió bruscamente, y al instante le saludó un furioso coro de ladridos.

Krakovover lanzó un rugido de ira, y trotó hacia él. Le apartó de un empujón, y cerró la puerta de golpe.

Gray tenía la cara de un curioso color verdoso.

—¡Fuera! —chilló el científico—. ¡Fuera de aquí!

Carpenter rezongó:

—¿Qué viste ahí dentro?

—Perros... perros ciegos, mutilados... Es increíble que estén

vivos...

McShane dijo:

—Ya tengo suficiente, por esta noche. Yo me largo.

Gray le siguió, sintiendo cómo el estómago le golpeaba en la garganta.

Tras ellos, Carpenter aún se detuvo para enfrentarse al iracundo profesor:

—Dígame una cosa, y le dejaré en paz, profesor... En el supuesto que usted consiguiera los ojos de un cadáver, ¿cómo los conservaría hasta el momento de utilizarlos?

—¡Congelados! ¡Y ahora, fuera!

—Ya nos vamos. Supongo que tendrá usted un refrigerador por aquí, además de esa extraña vitrina.

—¡Márchense de una vez!

La puerta resonó como un cañonazo.

No hablaron hasta encontrarse en la calle. Allí, Gray rezongó:

—No nos queda otra solución que pedir una orden judicial para registrar ese antro.

—¿Crees que conserva los ojos, que es ese individuo quién los extrajo de los cadáveres?

—McShane, no hagas preguntas idiotas. No sé qué creer al respecto, porque si llegásemos a la conclusión de que es ese viejo chiflado el que se llevó los ojos, llegaríamos también a la conclusión de que se trata del asesino. O por lo menos, del instigador de los crímenes. De lo contrario, ¿cómo habría podido saber que había dos cadáveres a su disposición, y dónde?

—Quizá se valió de ese ayudante suyo. Habrá que investigar por ese lado también —dijo Carpenter.

Mientras Gray apartaba el coche de la acera, McShane masculló:

—Lo que me tiene intrigado es lo del experimento. ¿Creéis que aquellos dos ojos reaccionaban a la luz?

—No sé... tal vez.

Carpenter exclamó, de pronto:

—¡Se me ocurre otra cosa!

—Suéltala.

—Si toda esta carnicería es obra de ese chiflado, ya tiene dos pares de ojos listos para experimentar...

—¿Y qué?

—Bueno, se me ocurre que, de momento al menos, no va a necesitar más. ¿No es cierto? Quiero decir que no volverá a matar.

McShane se encogió de hombros.

—Sea como sea, el tipo está loco; eso nadie me lo quita de la cabeza. Me alegro de haber terminado con él. Ahora, Whitney no podrá exigirme que continúe con esos artículos.

Gray no replicó, atento a conducir entre el tránsito de esas primeras horas de la noche.

Por otra parte, tampoco sentía deseos de hablar. El recuerdo de aquellos perros mutilados aún le revolvía el estómago.

CAPÍTULO IX

Eva dio una última vuelta a la pequeña pista, evolucionando con los dos grandes abanicos de plumas, al suave compás de la música.

Bajo los abanicos, puede decirse que sólo llevaba la piel.

La música terminó en medio de un endiabrado redoble de tambores y, cuando empezaban los frenéticos aplausos, ella desapareció detrás de las rojas cortinas de terciopelo, igual que un sueño erótico que se desvanece de repente.

McShane sintió, de pronto, la boca extraordinariamente seca, y vació el vaso de un trago.

Minutos más tarde, Eva salió por una puertecita, y se deslizó a lo largo del mostrador hasta donde él la esperaba.

—No había visto nunca nada igual —reconoció el periodista.

—Debes haber visto muy poco. Pero no me gusta que hayas asistido a mi espectáculo...

—¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros y, en lugar de responder, le pidió un cigarrillo.

Se lo pasó encendido, y llamó al mozo.

—Dos de lo mismo —pidió.

—También esta noche me llevas ventaja —reconoció Eva, con una voz sorda, sin inflexiones.

—Es sólo cuestión de hábito.

—¿Por qué has venido?

—Quería volver a verte.

—¿Para qué? Ya dije todo lo que sabía sobre Ed, tanto a ti como a la policía. Por cierto, se pusieron furiosos cuando averiguaron que tú ya habías hablado conmigo.

—Se enfurecen con mucha facilidad.

El mozo trajo los dos vasos altos, en los que tintineaba el hielo. Él levantó el suyo y lo olió. No pudo menos que estremecerse, al

recordar aquel otro vaso de licor que había estado a punto de beber...

Ella susurró:

—Por ti.

Eva bebió la mitad del contenido del vaso.

Él la imitó. Luego dijo:

—Encontraron otro hombre muerto en las mismas circunstancias que Murphy.

Ella dio un respingo.

—Tienes una manera de dar las noticias como para arañarte.

—Se llamaba Scarnici. ¿Le oíste a Murphy pronunciarlo alguna vez, sabes si se conocían?

—No... nunca lo pronunció en mi presencia. ¿Crees que hay una relación entre ambos?

—No tengo la menor idea. Pero a los dos les hicieron el mismo sucio trabajo.

Vació el resto del licor, y dejó el vaso sobre la barra.

Ella jugueteó con el suyo entre los dedos durante un tiempo.

—McShane...

—¿Sí, preciosa?

—Sácame de aquí.

—Muy bien.

Dejó unos billetes sobre el mostrador y saltó del taburete.

Los dos se dirigieron a la salida.

Ella vestía un ajustado conjunto, que moldeaba su hermoso cuerpo como una segunda piel. McShane, mientras la seguía, no pudo menos que admirar el soberbio equilibrio de sus movimientos y la armonía vital de cada una de sus suaves curvas de mujer en plena sazón.

Caminaron por la acera un trecho en silencio, sin que ninguno tuviera prisa por romperlo.

Al fin, él dijo:

—¿Tienes pensado algún lugar determinado para esta noche?

—Cualquiera, tanto da.

—¿Quieres ir a bailar?

—No.

—¿Beber, entonces?

—Eso está mejor.

Encontraron un pequeño tugurio, de los que no cierran en toda la noche y fueron a sentarse a una mesa apartada.

Judd hizo que les dejaran la botella junto con los vasos. Después del primer sorbo, murmuró:

—Los lentes de tu amigo estaban sin graduar, Eva. Ahora no caben dudas. Eran cristales corrientes y normales.

—Ya te dije que, si eso era cierto, esas gafas no serían las de Ed. Él era miope.

—Sin embargo, no se encontraron otras en el apartamento. Sólo ésas, tiradas en el suelo y rotas.

—No puedo comprenderlo.

Apuró el vaso, y estuvo unos instantes con los ojos cerrados, sintiendo sobre ella la mirada del periodista.

De pronto, sin abrir los ojos, recostada contra el respaldo de la silla, susurró:

—¿Por qué bebes de ese modo, McShane?

—Ésta es una buena pregunta.

—¿Sin respuesta, tal vez?

—No me gusta hablar de eso. Yo también podría hacerte a ti la misma pregunta, y no creo que te gustase responderla.

Eva le miró.

—No creo que me importase mucho —dijo, pensativa—. Después de todo, no es ninguna historia patética. Sólo que a veces una necesita aturdirse para escapar de este sucio mundo.

—¿Es ese tu caso?

—Sí. ¿Y el tuyo?

—Es más concreto.

—Háblame de eso.

—Prefiero no hacerlo.

—Como quieras. Pero, por lo menos, llénalo otra vez.

Él obedeció.

Estuvieron mucho tiempo así, bebiendo, sin cambiar palabra, apenas mirándose.

Después, ella susurró:

—Quiero irme a casa, Judd.

—Te acompañaré.

El aire frío de la noche le despejó en parte, aunque maldijo entre dientes al sentir la humedad.

Ella se colgó de su brazo, y se fueron caminando despacio por las silenciosas y desiertas calles, sombras en una noche turbia, bañada de niebla.

—Con él nunca paseé de este modo —dijo ella, de pronto.

—¿Te refieres a Murphy?

—Sí. No quería que le vieran conmigo.

—¿Por qué no?

—Tal vez temía por su reputación.

—Era un estúpido.

—A ti no te importa nada, ¿eh, Judd?

—En absoluto. Por lo demás, mi reputación ya no puede hundirse más de lo que está.

Ella sonrió.

—Se me ocurre que tú y yo somos parecidos en muchos aspectos.

—Quizá sí, sobre todo en la capacidad para trasegar grandes cantidades de *whisky*.

—Hablo en serio.

—Yo también. ¿A dónde quieres ir a parar realmente, linda?

—A ninguna parte concreta...

Se detuvieron al llegar ante el edificio donde ella vivía.

McShane arrojó el cigarrillo.

—¿Te queda *whisky* arriba, linda?

—Sí... pero no suficiente para emborracharte.

—Nadie quiere emborracharse esta noche.

—Entonces, sube. Ésta es mi hora débil.

La siguió hasta el ascensor. El rellano estaba oscuro, con una sola luz al fondo. Ella revolvió en su bolso hasta encontrar la llave.

Abrió la puerta del apartamento y entraron.

Antes que pudieran encender la luz, de la negrura del interior salió la muerte, a caballo de un siniestro cuchillo.

CAPÍTULO X

McShane notó el furtivo movimiento y, de modo instintivo, empujó a la muchacha violentamente.

Ella dejó escapar un débil grito y trastabilló.

Entonces, el cuchillo chispeó en la negrura, y casi le ensartó de lleno.

Tuvo el tiempo justo de arrojarse contra la pared. La hoja de acero golpeó con violencia la puerta abierta, y una sombra apareció ante la mirada salvaje del reportero.

McShane lanzó el puño hacia arriba. El asesino emitió un gruñido y retrocedió.

—¡Enciende la luz, Eva! —Rugió Judd, avanzando cautelosamente.

—¡McShane! ¿Qué ocurre? —jadeó la muchacha.

—Busca la llave y enciende la luz. Necesito ver a ese bastardo.

Ella tanteó la pared. Se oyó el chasquido de la llave, pero no ocurrió nada.

—¡No funciona!

Un cuerpo se precipitó sobre el periodista, como impulsado por una catapulta. Al mismo tiempo, un puño le cazó más arriba de la oreja, y su cabeza pareció a punto de estallar, cuando caía de espaldas.

Volteó los pies alocadamente, pero tuvo la suerte de apresar las piernas de su adversario, y el corpachón se derrumbó con un sordo impacto.

McShane le descargó un trallazo a ciegas. Sólo le pilló de refilón, pero aun así le oyó quejarse con dolor y escabullirse como una serpiente.

Saltó de pie, y volteó los puños, confiando en la suerte. Sólo que se necesitaba algo más que suerte, en una situación como ésa.

De pronto, la punta de un zapato se le hundió en el estómago.

McShane se sintió morir mientras salía volando de espaldas.

Golpeó en alguna parte y se derrumbó, ahogándose.

Oyó un grito de la muchacha y después el golpe de la puerta al cerrarse.

Se arrastró penosamente.

—¡Eva! —jadeó.

—¿Dónde estás?

—Busca una luz...

—Espera...

Ella corrió en la oscuridad. Encendió la luz de una habitación interior, y a su resplandor la estancia se iluminó lo suficiente para comprobar que estaban solos.

Caído junto a la puerta había un enorme cuchillo de hoja afilada como una navaja de afeitar.

McShane se incorporó, apoyándose en la asustada muchacha. Luego, ésta le llevó hasta el diván y se hundió en él, jadeando como un fuelle.

—¿Qué me dices de un trago ahora, preciosa? —masculló.

—¿No te das cuenta, Judd?

—¿De qué?

—Ese hombre... estaba esperándome. ¡Estaba esperándome a mí, con un cuchillo!

—Es todo un descubrimiento si tenemos en cuenta que éste es tu apartamento. Ocupate de las bebidas, ¿sí...?

—No te veo ninguna herida... No tienes sangre, Judd.

—Te aseguro que por eso no me encuentro mejor. El maldito me ha incrustado el estómago en la espalda.

—No te muevas... tiéndete.

Fue a preparar las bebidas, pero estaba haciéndolo cuando a él se le ocurrió una idea terrible, que le hizo saltar de pie como un muelle.

—¡No toques la botella, Eva! —Rugió.

—¿Qué?

—¡No la toques!

Se fue con pasos vacilantes hasta donde estaba ella. Le quitó la botella de las manos y, destapándola, olió el contenido.

—No parece que haya atinado a envenenarla esta vez —rezongó, volviendo a colocar el tapón—. De todos modos, haré que la

analicen.

—¿Temes que haya sido envenenado el *whisky*?

—Así es como murió Scarnici. Después, le «trabajó» con el cuchillo, y ahora no me cabe duda de que se trata del mismo individuo.

Ella se estremeció.

—¿Qué está sucediendo con todo esto, Judd? —susurró.

—Me gustaría saberlo. Por casualidad, ¿no tendrías alguna botella sin abrir?

—Sí... en la cocina.

—Tráela.

Mientras ella iba en busca de la botella sin desprecintar, él colocó una silla bajo la luz y, encaramándose encima, tanteó la lámpara.

La luz se encendió.

—Había aflojado la bombilla... —rezongó entre dientes.

Al regresar, ella comentó con voz que temblaba:

—No me costaría nada desmayarme, Judd...

—¿Ahora que ya pasó todo?

—Sólo con pensar que pude haber regresado sola, esta noche... Si tú no hubieses venido, ahora estaría muerta. Tal vez... tal vez...

—Olvidalo. Yo prepararé los vasos. Entretanto, busca un pañuelo o algo así para recoger ese cuchillo, aunque no creo que conserve huellas digitales. Ese tipo no puede ser tan estúpido como para dejarlas... pero uno nunca sabe.

Rompió el precinto de la botella y llenó dos vasos.

Fue a sentarse en el diván hasta que ella volvió con un pedazo de tela.

—Toma, bebe; te sentará bien.

—¿Todo ese *whisky*?

—Prescripción facultativa esta vez. Lo necesitas.

Ella bebió un sorbo, sin apartar la mirada de McShane.

—No necesitas emborracharme, Judd —murmuró—. Ya te dije que ésta es mi hora débil.

—No me pasó por la imaginación conseguir nada de ti por medio del *whisky*.

Ella dejó el vaso sobre la mesita y, volviéndose de espaldas a él, susurró:

—Desabróchame los botones, ¿quieres? Este vestido siempre fue un problema...

Judd apuró su licor, y después puso manos a la obra. Estaba a la mitad más o menos cuando se inclinó hacia adelante y la besó en la nuca.

Sintió cómo todo el cuerpo de la muchacha vibraba y se ponía tenso. Bajo sus labios, la suave piel de Eva era cálida y perfumada.

La estrechó entre los brazos, y supo que, si ella se lo propusiera alguna vez, podría devolverle lo que perdiera hacía tanto tiempo...

Después, Eva se revolvió entre sus manos, giró y le rodeó el cuello con los brazos desnudos.

Encontró sus labios, y se hundió en ellos con una profunda sensación de vértigo.

Le despertó el agradable aroma del café recién hecho.

Parpadeó al abrir los ojos, y en los primeros instantes no pudo recordar dónde se encontraba.

Después, todo acudió a su mente y casi pegó un salto en la cama.

Eva apareció con una gran taza de café. Le pareció limpia, fresca y fragante como una rosa abierta en la mañana.

—Tienes el aspecto de un millón de dólares —murmuró, perplejo.

—Tómame el café. Después, tú también tendrás mejor aspecto.

—¿Qué hora es?

—Las nueve. Ya he salido a comprar los periódicos.

—No lo entiendo. Tú detestas levantarte temprano.

—Está madrugada no pude dormir.

—Ya veo...

Saboreó el café, sentado en la cama. Ella le mostró los periódicos.

—Fue algo horripilante... —dijo, estremeciéndose—. Hay una fotografía de ese hombre muerto... sin ojos.

Él dejó la taza vacía y atrapó el primero de los periódicos. Era el suyo, o por lo menos el que le pagaba el sueldo.

Había un breve artículo en la primera página, y una fotografía sensacional. Un plano que haría estremecer a toda la ciudad. La fotografía estaba firmada por Martin Bosaki, y sin duda había realizado un brillante trabajo.

El artículo iba sin firma. Seguramente, un apurado recurso del propio Whitney, en vista de que McShane no le enviaba ni una letra.

Judd se preguntó cómo, cuándo y valiéndose de qué artimañas, habría Bosaki conseguido la autorización para obtener aquella placa. Sin duda, era el mejor fotógrafo de la actualidad.

Eva esperó a que dejara el periódico a un lado para decirle:

—¿Crees que debemos denunciar a la policía lo que pasó aquí anoche?

—No.

—¿Por qué? Tenemos el cuchillo...

—Puedes estar segura de que no conserva huella alguna. Ese maldito matarife no es ningún tonto. Y si tú vas a la policía con esta historia, te estrecharían a preguntas, tratando de averiguar por qué ese criminal quería matarte a ti también. Después de todo, se empeñarían en saber dónde estabas en todo momento.

—¿Y eso sería malo para mí?

—Ya puedes jurarlo, porque, desde hoy, vas a desaparecer por completo.

—¿Temes que ese hombre vuelva a intentar matarme?

—Si él piensa que tú eres un peligro para su seguridad, lo intentará tantas veces como sean necesarias. Ésa es la razón por la que voy a sacarte de la circulación.

—Pero ¿adónde puedo ir?

—Yo tengo un pequeño apartamento. Allí no te buscará. Y es más seguro que éste, de todos modos, porque sólo tiene una puerta. No hay escalera de escape por la que él pueda llegar hasta las ventanas. Allí estarás segura, si no pierdes la cabeza.

—Confío en ti, Judd.

—Mientras me visto, prepara una maleta pequeña, con lo más imprescindible que puedas necesitar. Después, llenarás otra con prendas que no necesites.

Perpleja, ella le miró sin comprender.

—¿Dos maletas, quieres decir?

—Ajá. Hemos de partir de la base de que ese maldito carnicero puede mantener una discreta vigilancia, y si es así habrá que hacer algo para despistarle. De modo que iremos a la estación, tú facturarás esa segunda maleta, y tomarás un billete para ese lugar,

sea el que sea, al que se te ocurra enviar la maleta.

—Comprendo...

—Si te vigila, él hará preguntas, y sabrá cuál es tu destino. Casi con toda seguridad, tomará él también un billete para viajar en el mismo tren que tú... sólo que no te encontrará.

—Nunca se me hubiera ocurrido hacer eso.

—Pues ahora lo harás, y deberás hacer una buena representación para que muerda el anzuelo y se largue, mientras tú estés a bordo de un taxi, rumbo a mi apartamento.

—Judd, te debo tanto...

Se dejó deslizar hacia él y le besó apasionadamente. La preparación de las maletas tuvo que esperar.

CAPÍTULO XI

El ayudante del profesor Krakover abrió la puerta con su llave, entró y volvió a cerrarla con sumo cuidado. Después, avanzó hasta la entrada al laboratorio, donde llamó, mediante un pulsador disimulado a un lado.

Era un hombre bajo y fornido, de cabeza pequeña, hundida entre los hombros. Silencioso y sombrío, Krakover lo comparaba en ocasiones a un fiel perro, aunque se abstuviera de realizar semejante comparación en voz alta.

Cuando abrió la puerta, franqueándole el paso, rezongó:

—¿Y bien?

—Era cierto, profesor.

Le mostró un pequeño paquete, envuelto en grueso papel.

Krakover lo tomó como si se tratara de algo muy frágil.

—¿Lo has mirado? —musitó.

—No. Pero el hombre del teléfono me dijo lo que contenía y dónde podría encontrarlo, así que no hay duda, profesor.

—Lástima que no estuviera yo aquí, cuando llamó anoche... Habría podido sonsacarle, tal vez, el origen... las razones por las que hace esto por mí.

—No quiso hablar más de lo preciso. Dijo lo que tenía que decir y colgó.

Sosteniendo el paquete entre los dedos, el profesor se fue hacia la mesa de cristal. Lo desenvolvió y apareció una cajita de plástico cerrada.

Retiró la tapa y se quedó mirando los dos pares de ojos, separados entre sí por una lámina de cristal.

Un escalofrío recorrió su espalda.

—Willy...

Éste se inclinó sobre su hombro. La visión de aquellos despojos no pareció emocionarle en absoluto.

—Ya lo veo. —Gruñó.

—¡Ahora lo conseguiremos! —estalló el profesor, incapaz de contenerse por más tiempo—. Dejarán de llamarme loco, visionario y todo lo que la envidia les dicta... Haré que se arrastren, pidiéndome mi descubrimiento... ¡Ojos humanos, Willy!

—Yo estaba seguro de que lo conseguiría. Le dije que tenía fe en usted y que haría cualquier cosa por ayudarle, para que nada entorpeciera su trabajo. Bueno, ahí tiene. Adelante, profesor.

Krakover le miró lleno de orgullo, de agradecimiento. Y cosa extraña, no se le ocurrió esa mañana comparar mentalmente a su ayudante con un perro fiel.

Era como si, de pronto, se le hubiera despertado un nuevo respeto hacia el sombrío individuo que llevaba tantos años a su lado.

Whitney se quedó ronco y sin aliento, y luego calló, bufando. Desde la silla, McShane sacudió la cabeza.

—Usted reventará de un ataque cardíaco —comentó, ocultando un bostezo—. ¿Puede escucharme ahora?

—¡Maldita sea! Ponte a la máquina y escribe. Eso es lo que quiero que hagas.

—Más tarde. Primero quiero hablarle.

—Se me ocurre que sería una gran cosa descargar nuestra nómina de peso muerto... el tuyo, McShane.

—Decídalo pronto, porque ese reportaje me abrirá las puertas de cualquier periódico al que vaya a ofrecérselo.

—¿Reportaje? —Rugió Whitney—. ¿Qué reportaje? Yo no he visto ni una línea.

—Le dije que cuando escribiera sobre este asunto lo haría dándoles a los lectores lo que esperan encontrar, no un montón de paja. ¿Qué hago, sigo adelante o me largo?

Whitney bufó. Su rostro congestionado estaba rojo.

—Muy bien, te soportaré un poco más. ¿Estás ya en condiciones de trabajar, aunque sólo sea un poco?

—Estoy trabajando solo con escucharle a usted... Bueno, prepare la primera página para mí. Le daré la primera parte de este embrollo.

—¿Cómo la primera parte?

—Ignoro el resto todavía. De todos modos, lo que usted quiere

es vender más ejemplares del periódico y haré que se vendan.

Salió dejando a su jefe clavado en el sillón y comiéndose sus ansias de estrangularlo.

Buscó una máquina desocupada, y se puso a trabajar. Estuvo tecleando un buen rato hasta que Whitney fue a dar un vistazo.

—¿Y bien, has terminado?

—Casi...

—Espero que tengas algo inédito que ofrecer, McShane, porque todos los demás periódicos de la ciudad se nos han adelantado en este asunto.

—No han dado nada.

—Pero ¿tienes o no algo nuevo?

—Algunas cosas. Por ejemplo, que el asesino hizo un nuevo intento anoche, contra una mujer. Perdió el cuchillo, y yo le golpeé y cosas así, ¿sabe?

Whitney abrió la boca, estupefacto, y se olvidó de cerrarla.

McShane dijo piadosamente:

—Cuidado, no vaya a ahogarse, Whitney. El periódico no soportaría su pérdida.

Siguió aporreando la máquina furiosamente hasta terminar lo que se había propuesto escribir en esa primera entrega. Lo relejó una vez más, y luego pasó los folios a Whitney.

—Haga que lo publiquen tal cual está, ¿comprende? No quiero que ningún sabihondo modifique ni una coma. Tal como está redactado, es importante.

—Conforme... espera que lo lea...

Pero McShane ya había cerrado la puerta, y se alejaba rápidamente, sorteando las mesas de la sala de redacción.

Una vez en la calle, arrugó el ceño. Apenas si se molestó en recordar dónde había dejado el coche. Llamó un taxi, y se fue directamente a la policía, acariciando entre manos la cartera de cuero.

El teniente Snyder no dio muestras de alegría precisamente cuando se coló en su despacho.

—Le hice una advertencia, McShane. —Gruñó—. Largo de aquí.

—Estoy colaborando con la policía, teniente.

—¿Quién, usted? —Casi chilló Snyder—. Ya tuve una muestra de su colaboración.

—Voy a darle otra muestra, si es eso lo que quiere.

—¿De veras? —El sarcasmo ahogó la indignación en la voz del teniente—. ¿De qué modo, ocultando otro testigo?

—Yo no oculté ningún testigo. Me limité a olvidarme de que conocía a Eva, eso es todo.

—Y es demasiado...

McShane abrió la cartera de mano, y extrajo un envoltorio. Lo depositó sobre la mesa y, apartando la tela, dijo:

—Éste es el cuchillo de ese carnicero, Snyder.

El policía dio tal brinco que lanzó el sillón basculante contra la pared.

—¡Usted...! McShane... si ha ocultado a ese matarife sólo para obtener la exclusiva, como ya hizo una vez con otro, voy a...

—Olvédelo. Sólo tuve un cambio de golpes con él anoche, pero logró escapar.

—¿Pudo usted verlo?

—No. Había aflojado la lámpara, y estábamos golpeándonos a oscuras.

Snyder contempló el siniestro cuchillo, con los ojos convertidos en dos rendijas.

—No creo que haya huellas.

—Yo tampoco, porque el fulano llevaba guantes. Lo noté cuando me cazó con un trastazo como la cox de un mulo. Pero quizá haya restos de sangre...

—Cuénteme qué sucedió, y dónde.

Mientras escuchaba el escueto relato, descolgó el teléfono y ordenó que viniera alguien a buscar el cuchillo para llevarlo al laboratorio.

Fue un agente de uniforme quien asomó la cabeza. Cuando volvió a marcharse, McShane terminó:

—Así que si la pobre chica hubiera regresado sola anoche, a estas horas tendría usted otro hermoso cadáver despedazado entre las manos.

—¿Dónde está ella ahora?

—No lo sé. De todos modos, no podrá contarle nada que no le haya dicho yo.

—Debe saber algo. Algo que inquieta al asesino, ¿no lo comprende, McShane? No hubiera intentado matarla si esa mujer

no representara un peligro para él.

—Traté de hacerla hablar, de forzarla a recordar todo lo referente a Edward Murphy. Ella no sabe nada de nada.

—Creo que ya es hora de que la interrogue personalmente...

Alargó la mano hacia un teléfono de comunicación interior.

Judd dijo suavemente:

—No la encontrarán, teniente.

—¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Yo le aconsejé que se fuera, que buscara un lugar seguro donde ocultarse durante una temporada. Creo que me hizo caso.

Snyder se puso rojo.

—¿Que usted le aconsejó...! ¿Quién infiernos se cree usted que es, McShane?

—¿Está usted en situación de garantizarle absoluta seguridad a esa mujer, si ella permanece en su apartamento?

—¿Qué...?

—¿Tiene atribuciones para destinar un mínimo de cuatro policías durante veinticuatro horas al día, para custodiarla y protegerla?

—Eso es cuenta mía.

—Usted sabe que no podría hacerlo. No dispone de suficiente personal, ni sus jefes le autorizarían a inmovilizar a cuatro agentes durante días y días. Reconózcalo, hombre, y sigamos hablando con sentido común.

Snyder se controló con dificultad.

—De cualquier modo, ha escamoteado usted un posible testigo.

—Eso lo reconozco.

El teniente estuvo observándole con el ceño fruncido. De pronto exclamó:

—¿Qué le pasa con esa mujer, McShane, se ha encaprichado de ella o qué?

—Pudiera ser.

—¡Usted!

—¿Qué pasa conmigo, no puedo tener también mis propias debilidades?

—Siempre pensé que tenía suficiente con el *whisky*...

—Eso sólo es una faceta. ¿Qué le parece si me deja echar un vistazo al *dossier* de estos crímenes? Me gustaría ver los informes

oficiales del forense y todo lo demás.

—No sé si me conviene. Es peligroso conceder prerrogativas especiales a un reportero. Todos ustedes tienen los mismos derechos.

—Pero no todos le traen pruebas como ese cuchillo, sin mencionar otras.

Snyder sonrió por primera vez. Abrió un cajón de su mesa y le tendió una gruesa carpeta amarilla.

—Aquí tiene todo lo que existe hasta el momento.

Judd encendió un cigarrillo y abrió la carpeta.

Leyó los informes de los médicos forenses, comprobando así que Scarnici había muerto realmente a causa del veneno.

Después, y notando que su estómago se alborotaba, examinó las fotografías en color obtenidas por los peritos de la Brigada de Homicidios.

Eran unas imágenes aterradoras. No obstante, se forzó a examinarlas con sumo cuidado. Después, leyó las breves notas escritas en el dorso de cada una.

La hora en que habían sido tomadas, el lugar y las firmas de los agentes-testigos.

Cuando cerró la carpeta, había consumido dos cigarrillos más, y el teniente le contemplaba con el ceño fruncido.

—¿Y bien, satisfecho?

McShane se encogió de hombros.

—Hay algo que está dando vueltas en mi cabeza, pero que me ahorquen si sé qué es...

—Tal vez si se decidiera a mantenerse sobrio, su memoria sería mejor.

—Le juro que no he bebido una copa en toda la mañana...

—Je, ¿a quién cree que está embrollando?

Judd se encogió de hombros. Parecía muy preocupado, y apenas si oyó el burlón comentario del teniente.

Abrió la puerta y salió, abandonando el edificio policíaco, sin haber salido aún de su ensimismada incertidumbre.

Entró en una cabina telefónica y marcó el número de su propio apartamento.

—¿Nena? —dijo, cuando escuchó la voz de Eva.

—¡Judd! ¿Cuándo vendrás?

—No lo sé aún. ¿Estás bien?

—Claro. Tengo algo que decirte, cuando te vea.

—¿De qué se trata?

—De algo que he recordado, mientras ordenaba esta leonera... Ha sido al colocar algunas novelas en los estantes.

—¿De qué se trata?

—De un hombre con el que Ed tuvo tratos, hace algún tiempo. No había vuelto a recordarlo, desde entonces.

—¿Y por qué lo has recordado ahora, viendo mis novelas policíacas?

—Porque aquel hombre era un detective privado, Judd.

Éste se puso rígido.

—¿Recuerdas su nombre también?

—Brandt, creo.

—¿Sabes para qué le contrató Murphy?

—No... Le oí hablar por teléfono con ese hombre un par de veces, pero ni siquiera recuerdo de qué.

—Está bien. Tal vez me hayas dado la pista que necesitaba para acabar con este maldito asunto. Y ahora, atiende...

—¿Sí, querido?

—Eso suena bien. Escúchame, no contestes más al teléfono, desde ahora. Ya no volveré a llamarte, así que sea quien sea que lo haga, deja que suene.

—Está bien, Judd. Te echo de menos.

—Eso se debe a que estás demasiado sola.

—Siempre lo estuve, pero esto de ahora es algo distinto. Quisiera que estuvieras aquí y...

—Vendré tan pronto como pueda. Cuídate.

Colgó y abandonó la cabina.

Había un bar en la esquina y entró en él. Por inercia pidió un *whisky* y se fue en busca de la guía telefónica.

Había un detective privado llamado Clarence Brandt, con oficinas en la calle 47 Este. Anotó la dirección, bebió el *whisky* y se puso en camino.

CAPÍTULO XII

Había una secretaria pizpireta detrás de una mesa. Una salita con sillas, una mesita ratona cubierta de revistas atrasadas, y para de contar.

La muchacha sonrió.

—¿Qué podemos hacer por usted, señor...?

—McShane. Me llamo McShane.

—Perfectamente, señor McShane.

—Quiero hablar con su jefe, preciosidad.

Ella esbozó un mohín.

—Lo lamento mucho, pero el señor Brandt no está aquí. Está manejando un asunto muy importante estos días, que le mantiene sumamente ocupado.

—Ya veo. ¿Usted sabe en qué está ocupado?

—Por supuesto, aunque no puedo hablar de ello, como es lógico.

—Claro, claro...

—Si desea decirme el motivo de su visita, tomaré nota para informar al señor Brandt tan pronto venga por aquí.

—Era algo personal... Muy personal. ¿Le importaría darme sus señas privadas, linda?

Ella parpadeó seductoramente.

—No me está permitido, en ninguna circunstancia.

—Ya, naturalmente. Bueno, lo siento.

Hizo un gesto de despedida y se fue.

Una nueva consulta en la guía telefónica le indicó que Clarence Brandt vivía en la calle 52 Oeste. Anotó la nueva dirección, emplazándose a sí mismo para visitar ese domicilio, cuando fuera posible encontrar allí a su inquilino.

Estuvo quemando el tiempo hasta la hora en que las oficinas que llenaban los edificios comerciales de la calle comenzaron a vomitar legiones de apresurados empleados.

Entonces entró en el vestíbulo y esperó.

La pizpireta secretaria del detective apareció casi lanzada fuera de un ascensor abarrotado. En unos instantes hubo desaparecido en la calle, engullida por la vorágine de gentes apresuradas.

Tomó el mismo elevador utilizado por la muchacha y se hizo subir hasta la planta donde estaba el despacho del detective.

Ya contaba con que la puerta estaría cerrada, pero abrirla fue casi un juego de niños para sus manos adiestradas. A pesar del tiempo transcurrido desde la última vez que pusiera en práctica sus mañas, la puerta cedió con suficiente facilidad para sentirse satisfecho.

Tenía la esperanza de que la secretaria no se hubiera molestado en echar la llave a las puertas interiores ni en el gran archivador adosado a un ángulo del despacho.

No se equivocaba. Tiró del cajón señalado con la letra «M» y buscó rápidamente.

No había ningún expediente a nombre de Edward Murphy.

En realidad, apenas si contenía media docena de carpetas, con fechas asombrosamente esparcidas de una a otra.

Dio un vistazo a los otros archivadores. No había duda de que el detective tenía poquísimo trabajo.

Un tanto perplejo, abandonó el despacho, sabiendo ya lo que le había preocupado; la relación entre Murphy y el detective no había sido profesional. Murphy no había sido nunca cliente de Brandt...

Los periódicos de la tarde se extendían más que el día anterior en los crímenes del «carnicero», como habían dado en llamarlos.

McShane comprobó que su artículo estaba reproducido tal como él lo escribiera. Contempló las fotografías de los policías que llevaban la investigación, y una, en primer plano, del teniente Snyder sosteniendo el gran cuchillo que él le había proporcionado. Debajo de la fotografía había una pregunta, dirigida a los almacenes y ferreterías, pidiendo que si alguien recordaba haber vendido ese cuchillo, se apresurara a declarar ante la policía.

Pero la policía había «olvidado» mencionar quién les había facilitado el arma criminal.

Sonrió, porque eso ya quedaba claro en su propio artículo.

Entró en un bar y, tras llevarse un *whisky* doble a una mesa apartada, se quedó allí, fumando y reflexionando. Apenas oía el

mosconeó de las conversaciones.

Hizo cuanto pudo por captar aquella escurridiza impresión que parecía revolotear en su cerebro, aquella imagen que se resistía a aparecer, a pesar de sus esfuerzos. Era algo que estaba seguro había visto, pero no podía recordar de qué se trataba, ni cuándo «aquello» había entrado en su mente.

Al fin se dio por vencido una vez más.

Había oscurecido y las aceras comenzaban a despejarse. Salió y se fue en busca del domicilio de Brandt.

Clarence Brandt era un hombre que bordeaba los cincuenta años y tenía muchas probabilidades de no cumplir ninguno más.

Robusto, con el rostro de hurón, todo su cuerpo estaba rígido como un poste, mirando la pistola que le amenazaba.

La pistola era de gran calibre y estaba provista de un largo silenciador.

—¿Te has vuelto loco? —jadeó—. ¿A qué viene esto ahora?

El hombre de la pistola casi sonrió.

—Tú eres el último, Brandt.

—No comprendo... Somos socios, siempre hicimos buenos negocios.

—También los hicimos con Murphy y ahora está muerto.

El detective sintió un atroz escalofrío.

—¡Tú! —jadeó—. ¡Tú le mataste... y de aquel modo...!

—¿De veras no lo sospechaste nunca?

—¿Cómo iba a pensarlo? Estábamos unidos... El negocio iba bien. Debes haberte vuelto loco.

—Murphy intentó jugármela, Brandt. Quiso quedarse con todo, él solo... O quizá a medias contigo. Te necesitaba para vender. Sí, eso debió ocurrir. Tú eras el encargado de colocar la mercancía, y él trajo algo grande esta vez... algo que valdrá millones.

—¡Estás loco! Ni siquiera hablé con él después de su último viaje.

—No te creo, aunque eso importa poco. Ahora, esos millones serán únicamente para mí.

—¡Espera!

La pistola pareció toser. Brandt dio un salto atrás, con el terror reflejado en su semblante. Después cayó y se quedó muy quieto, con los ojos intensamente abiertos, fijos en el techo.

Sin apresurarse, el asesino abrió la cartera de mano y extrajo un largo impermeable de plástico. Se lo colocó calmamente, como un carnicero cualquiera ajustándose el mandil.

Después, de la misma cartera sacó unos chanclos contra la lluvia y se los calzó encima de los zapatos de calle. Sus pies quedaron enormemente grandes.

Tras esto se dirigió a la cocina. Estuvo revolviendo en ella hasta encontrar un gran cuchillo, con el cual regresó junto al muerto.

—Amigo, es necesario que sigan creyendo que esto es obra de un demente.

Cuando terminó su nauseabunda salvajada, lo que quedó de Clarence Brandt era realmente la obra de un loco.

El criminal se quitó el impermeable, plegándolo con cuidado. Se libró también de los chanclos de goma y los envolvió con el impermeable. Lo guardó todo dentro de la cartera, abandonando el cuchillo en el suelo.

Se quitó los guantes, empapados de sangre, que también desaparecieron dentro de la cartera. Comprobó que no había sangre en sus manos y entonces sacó otro par de guantes de un bolsillo. Éstos eran más finos y suaves que los anteriores.

Satisfecho, cerró la cartera y se dispuso a abandonar el escenario de su horrible asesinato.

En el mismo instante, llamaron a la puerta.

El criminal sintió un ramalazo de pánico.

La llamada se repitió, impaciente.

El hombre retrocedió apresuradamente. Conocía bien el apartamento, que atravesó sin titubear hasta irrumpir en el dormitorio. Abrió una ventana y salió a la escalera de escape.

En la puerta, McShane siguió llamando hasta que se cansó.

Refunfuñando se dirigió a las escaleras. Empezaba a bajarlas cuando volvió la cabeza para comprobar que no se había equivocado de puerta, y entonces descubrió la delgada línea de luz que se filtraba a ras del suelo.

Había una luz encendida dentro del apartamento.

Volvió atrás, con un extraño presentimiento. Aún llamó dos veces más, antes de decidirse a utilizar sus propios medios para entrar.

Cuando la cerradura cedió con un chasquido, empujó la puerta

poco a poco.

La luz procedía de una estancia que había más allá de un arco.

El aire olía a cordita y eso despejó sus últimos escrúpulos. Cerró y se apresuró hacia la estancia iluminada.

Sintió como si se le encabritara el estómago, cómo sus piernas se volvían blandas y vacilantes, al tiempo que el suelo parecía oscilar bajo sus pies.

Se volvió, creyendo oír el gotear de sangre que brotaba de las espantosas heridas.

¡Que aún goteaba!

Dio un salto y miró en torno, tenso como un tigre al acecho.

Escuchó con todos los sentidos alerta y al fin se decidió a explorar el apartamento.

Sólo cuando descubrió la abierta ventana y la escalera de escape allá fuera, respiró tranquilo. Había temido que el asesino le saltase encima, desde cualquiera de las habitaciones en que había entrado...

Volvió atrás. Descolgó el teléfono y marcó el número de la policía, mientras daba otro vistazo al cadáver.

Vio el cuchillo abandonado en medio de los despojos.

Y los dos ojos.

Los ojos que le miraban, nadando en un charco de sangre, lejos de las vacías cuencas.

Entonces, la policía respondió a la llamada, y él empezó a hablar.

CAPÍTULO XIII

Había sido otra atroz pesadilla, con los policías gruñendo por todas partes, los chispazos de los fotografías del laboratorio, los comentarios indiferentes del forense y las preguntas a las que hubo de responder, porque tanto el teniente Snyder, que ahora había acudido personalmente, como los detectives, estaban demasiado alterados para considerar su amistad.

Cuando más tarde se hubieron llevado el cadáver, Gray refunfuñó:

—Tienes una especial habilidad para encontrarte siempre en el centro del embrollo. ¿Por qué viniste aquí tan a tiempo, Judd?

Snyder cabeceó.

—Eso es justamente lo que me intriga también a mí. ¿Por qué, McShane?

—Averigüé que ese detective había sostenido alguna clase de relación con Murphy, hace algún tiempo. Quería hacerle unas preguntas y vine. La cosa es así de sencilla.

—No tanto. ¿Cómo lo averiguaste?

—Eso no importa.

—Ya lo creo que importa.

—Si esperas que te revele mis fuentes informativas, olvidado.

Snyder soltó un bufido.

—Voy a tener que ocuparme de usted en serio, McShane. Ha llegado aquí sorprendiendo al asesino en plena carnicería. Sus fuentes de información parecen realmente eficientes... y oportunas. Dejémonos de juegos, de una vez por todas. Estamos ante una racha de asesinatos y usted parece saber mucho más que nosotros del asunto, así que suéltelo, McShane. Le conviene.

El reportero sacudió la cabeza.

—No tengo nada que decir. Hay algo que vi... algo que ronda mi cabeza, pero que no puedo apresar. Tal vez si consiguiera

recordarlo, adelantariamos un paso definitivo, pero no puedo.

Gray gruñó:

—Entonces, emborráchate. Tal vez tu cerebro funciona mejor sumergido en alcohol.

—Estás ganándote otro trastazo.

Gray parpadeó.

—Lo lamento. No quise decir eso, estoy nervioso esta noche.

Snyder carraspeó, mirándoles, un tanto perplejo.

—Supongo que sabe lo que hace, McShane —dijo, de mal talante dominándose a duras penas—. Pero el asesino quizá llegue a la conclusión de que usted sabe más de lo debido, y le haga también un trabajito como éste.

—Ya tuve un encuentro con él. Oiga, Snyder... Cuando yo entré aquí, el asesino acababa de escapar. El aire olía a cordita... ¿No le sugiere nada este detalle?

—Seguro. Ese bastardo le disparó primero, para no tener dificultades en su posterior salvajada.

—Otra cosa.

—¿Qué?

—A éste le disparó un tiro. A Scarnici lo envenenó. Sin embargo, Murphy fue torturado vivo. Murió a causa del dolor, y eso me hace pensar en dos asesinos.

Gray y el teniente cambiaron una mirada preocupada.

McShane gruñó:

—Bueno, digan algo.

—Hubo dos asesinos, en realidad —reconoció Snyder—. Seguramente, Scarnici fue quien mató a Murphy.

—Había rastros de sangre en el cuchillo que se encontró en su apartamento, y era sangre del mismo grupo que la de Murphy.

—O sea, que le cerraron la boca.

—Tal vez. Es probable que acertemos, pero hay muchas cosas que no tienen explicación todavía. Por ejemplo... los ojos robados. Los de este desgraciado también habrían desaparecido, si usted hubiera llegado un poco más tarde. Al oír llamar, el criminal los tiró, pero iba a llevárselos. ¿Por qué?

Gray dijo, a su vez:

—Efectuamos un registro en regla en el laboratorio del profesor Krakover, Judd. No encontramos nada, a pesar de que estábamos

allí minutos después de salir de nuestra primera visita. Opera con perros solamente.

—¿Nada de ojos humanos?

—No.

—Ha de haber alguna relación... —masculló el periodista—. No puede ser que el viejo chiflado esté realizando esos experimentos, y a los cadáveres de ese carnicero le desaparezcan los ojos. No puedo creer que carezcan de relación las dos facetas de este asunto.

—Va a resultar difícil obtener una prueba que las relacione.

—Si yo pudiera alcanzar la seguridad, juro que no necesitaría pruebas para hacerle pedazos.

—¿Estás pensando algo concreto?

—Mira, si el profesor está detrás de este asunto, pudo contratar a Scarnici para cometer el crimen y llevarle los ojos. Pero tal vez ese rufián no tuvo estómago suficiente para sacar los ojos al muerto y se largó. Eso habría enfurecido al profesor...

—Es una teoría agarrada por los pelos, y que además será imposible probarla, a menos que podamos establecer un punto de contacto entre el viejo loco y Scarnici.

—Está bien, buscad esa prueba. —Gruñó, desperezándose—. Yo me largo de este matadero. Ya tengo suficiente por esta noche.

Pensaba en Eva. En su cálida compañía, en sus besos, en la limpia fragancia de su cuerpo joven y firme, en todo cuanto ella le ofrecía.

Así que se fue en su busca.

La muchacha despegó los labios de su boca y susurró:

—Te eché tanto de menos, Judd.

—Y yo a ti. Me gustaría saber qué nos pasa.

—Ven, he preparado una comida fría.

—No hables de comida o no respondo de mi estómago. Sólo siéntate a mi lado y deja que te bese.

—Los besos no alimentan.

Se sentaron en el diván. Sobre la mesilla había algunos periódicos, vasos y una botella.

La miró golosamente. Ella le obligó a volver la cara, y le rozó los labios con los suyos.

—¿Cansado?

—Hecho polvo, más bien.

—Tiéndete... Cierra los ojos y relájate. Estás tenso como una cuerda de violín.

—Es cierto. Trato de recordar algo y no puedo.

—¿De qué se trata?

—No lo sé. Algo que vi... o que oí, no sé.

Se recostó contra el respaldo, y tomó uno de los diarios.

Era el que contenía la sensacional fotografía del cadáver de Scarnici, despojado de sus ojos.

Se estremeció una vez más, al verla.

Luego, la cosa estalló en su mente como un cohete, incluso la muchacha notó la salvaje contracción de todos sus músculos.

—¡Judd! ¿Qué pasa?

La miró como si nunca antes la hubiera visto, con unos ojos asombrados, desorbitados por el espanto.

—¡Dios! —jadeó—. Ya lo tengo...

—¡Judd!

—Era eso... ¿Cómo no me di cuenta antes?

—¿Quieres explicarte?

Él sacudió la cabeza. Eva intentó sujetarlo, besándole casi con ira, porque estaba sufriendo la angustia de la incertidumbre.

Él se desprendió de sus brazos, levantándose de un salto.

—He de salir —dijo—. Cierra la puerta con llave y no salgas. No abras a nadie. No contestes al teléfono. ¿Entiendes?

—¡Dime qué ocurre!

—No creo que te gustase saber los detalles.

Salió de estampida, llevándose el periódico hecho un amasijo de papel arrugado.

El teniente Snyder no había regresado aún a su despacho cuando llegó. Encontró a Carpenter y otro par de detectives discutiendo sobre las últimas carreras de caballos. Por lo demás, la sala de detectives era un remanso de paz.

Carpenter le salió al encuentro.

—¿Qué te pasa, te encuentras mal o has bebido demasiado?

—¡Cuernos! Tienes la cara gris.

—Llévame al despacho del teniente.

—No está. A propósito, cuéntame lo que pasó, cuando llamaste.

—No hay tiempo. Escucha, Carpenter; el teniente Snyder me mostró el *dossier* de estos crímenes. Contenía informes y fotos.

Necesito verlo otra vez.

—¿Ahora?

—Sí.

—No puedo sin su autorización. Me podría costar el puesto.

—Sólo un minuto. ¡Por todos los diablos! Ni siquiera lo sabrá...

—Si pudieses decirme qué es lo que realmente buscas...

—Sólo ver una de las fotografías.

Carpenter titubeó. Dio un vistazo a sus compañeros, que no les prestaban la menor atención, y al fin cedió.

—Está bien —dijo—, pero yo estaré a tu lado todo el tiempo.

—Vamos.

Apartó las hojas de papel mecanografiado y se concentró en las fotografías. Apartó la mayoría, dejando solo las que correspondían al cadáver de Scarnici.

Consultó los dorsos y las colocó correlativamente al tiempo en que habían sido tomadas.

Al fin, sólo dejó la primera de la serie. La primera fotografía que habían tomado los peritos de la Brigada.

Carpenter se impacientó.

—Apresúrate. Si Snyder nos sorprende aquí, me la juego.

—Ya he visto bastante.

En la sala general, Carpenter llenó dos tazas de café y le ofreció una.

—Lo siento —sonrió—. Esta máquina sólo proporciona café.

—Está bien, gracias.

—Y ahora, veamos qué buscabas en aquella fotografía.

—El error que todo asesino comete, tarde o temprano.

—¿Y lo encontraste?

Carpenter comenzaba a excitarse.

—Temo creer lo que eso puede significar.

McShane apuró la taza de café y la arrojó a la papelera.

—Llama a Snyder, Carpenter. Dile que estoy casi seguro de saber quién es el asesino. Que se reúna conmigo en el laboratorio del profesor Krakover, dentro de una hora.

—¡Espera un minuto!

—Una hora, Carpenter. Si se presenta antes, no hay trato.

—Pero ¡qué trato ni qué demonios! No puedes largarte ahora, y así.

—Ya lo creo que puedo. He de ir a la redacción todavía, y después, al laboratorio. Y dentro de una hora justa, Snyder debe hacer su entrada allí.

—¡Aguarda un minuto!

Pero McShane ya trotaba hacia la salida.

Carpenter comenzó a maldecir en todos los tonos, mientras buscaba el número de teléfono del apartamento del difunto Brandt.

Estuvo escuchando el sonar del timbre una y otra vez. Casi desesperaba, cuando alguien descolgó al otro lado.

—¡Aquí Brigada de Homicidios! Quiero hablar con el teniente Snyder.

—Ya no está aquí. Salió hace unos minutos.

Carpenter ahogó un juramento.

—¿Sabe si se dirigía a su oficina?

—No lo dijo.

—Gracias.

Colgó y salió disparado.

El sargento de la central de radio ladeó la cabeza y gruñó:

—¿El teniente Snyder? Está en camino. Comunicó que regresaba hace unos minutos. ¿Quiere comunicar con él por radioteléfono?

Carpenter titubeó.

—No, es preferible esperar a que llegue.

Volvió a su mesa, nervioso e impaciente. Para sus adentros maldecía a McShane cordialmente. Si hubiese estado en su mano, le hubiera encerrado sin pensarlo dos veces.

Al fin, el teniente apareció, camino de su despacho, seguido de Gray. Carpenter dio un brinco y corrió hacia ellos.

—¿Qué diablos le pasa a usted? —Gruñó Snyder.

—¡McShane sabe quién es el asesino!

Se quedaron helados.

—¿Ha bebido usted o era él quien estaba borracho? Y a propósito, ¿dónde está ahora ese ensuciacuartillas?

—Se largó a escape. Nos espera dentro de... —consultó el reloj y añadió—, cuarenta y cinco minutos, en el laboratorio del profesor Krakover.

Snyder sacudió la cabeza aturdido.

—¿Quiere ser un poco más concreto? Empiece por el principio.

Carpenter contó todo lo sucedido con el reportero, viendo la

cara del teniente ponerse roja, a medida que escuchaba.

Al final, dijo:

—McShane aseguró que, si nos presentábamos antes de tiempo, se desentendería del asunto. Y hablaba en serio.

—¿Estaba sobrio o bebido?

—Sobrio, teniente, estoy seguro.

Gray murmuró:

—¿Qué hacemos? Es capaz de haberlo descubierto...

Lo malo era esperar y todos ellos lo sabían.

Cuando se pusieron en marcha, tenían el tiempo medido para llegar al lugar de la cita a la hora convenida.

CAPÍTULO XIV

El profesor tenía el rostro sombrío cuando dijo:

—Considero esto como una mascarada, McShane...

—¿Prefiere verse acusado de asesinato? Le repito que es la única manera de terminar con esta pesadilla. Y la publicidad que esto le reportará será beneficiosa para su trabajo. Conseguirá ayudas, ¿no lo comprende?

—De todos modos, es algo innoble...

Terminó de efectuar los últimos ajustes de los finísimos hilos eléctricos y luego se volvió.

Iba a hablar, cuando se oyó una llamada a la puerta.

El sombrío y silencioso ayudante se dirigió a abrir.

McShane contempló la vitrina iluminada. Ahora, en ella reposaban unos ojos humanos, ocupando el lugar de los primeros que viera. La maraña de hilos conductores estaba de nuevo dispuesta y, al mirar todo aquello, sintió un frío de muerte en el estómago.

Oyó primero las voces. Luego, entraron un grupo de hombres.

El teniente Snyder, los detectives Gray y Carpenter, y, con ellos, el propio Whitney y el fotógrafo Martin Bosaki.

McShane hizo las presentaciones, sin andarse con rodeos. Whitney estrechó la mano del profesor y dijo:

—Estoy muy satisfecho de que haya accedido a que sean fotografiados sus trabajos, profesor. El periódico sabrá corresponder a su gentileza.

Le respondió un sordo murmullo que a nada comprometía.

Snyder se disponía a lanzar una sarta de preguntas, cuando el reportero le atajó con un gesto.

—El profesor asegura que ha conseguido el éxito que andaba buscando desde hace años. Tú, Bosaki, te ocuparás de obtener las mejores placas posibles para el periódico, cuando empiece el

experimento...

Snyder estalló al fin:

—¡Maldita sea, McShane! ¿Ha organizado todo esto fiándose de un charlatán?

—Será mejor que tenga la boca cerrada, Snyder... —masculló de mala manera—. Nosotros vimos reaccionar los ojos de un perro a la luz. Ahora... mire eso.

Se inclinaron sobre la vitrina iluminada.

Snyder casi se ahogó:

—¡Eso son ojos humanos! —estalló.

—Los ojos de Tony Scarnici, teniente.

—¡Ajá! De modo que el carnicero...

—¡Cierre la boca, si puede! Si el profesor está en lo cierto, la última imagen que ven los ojos de alguien que muere queda registrada en un microscópico centro nervioso del ojo. Él ha conseguido aislar esa imagen... y si es cierto, no puede ser otra que la del asesino.

—¡Pamplinas! —bufó el teniente.

Whitney se echó a reír.

—Reconozco que es un buen tema para un reportaje, McShane, pero no para confiar el descubrimiento de un asesino a una locura semejante.

Gray y Carpenter cambiaron una mirada. Luego, miraron a Judd y le vieron más sereno que nunca.

Bosaki tomó un par de fotos de la vitrina con los ojos y después se apartó:

—¿Qué va a seguir ahora? —preguntó—. ¿Puede fotografiar al profesor?

—Después, Bosaki. Ahora, el profesor tiene trabajo. Cuando quiera, profesor Krakover.

—Colóquense al otro lado de la mesa... Ahí, por favor, no se muevan, no hagan ruido.

Vieron cómo se sentaba ante la mesa de controles. La caja gris se iluminó, y una lucecilla roja comenzó a parpadear furiosamente.

No obstante, la diminuta pantalla siguió oscura.

Snyder gruñó:

—Todo esto es una pérdida de tiempo...

—¡Silencio!

Como un chispazo, la luz brilló en la pantalla. Hubo un estallido de sombras danzantes en ella, formas inconcretas, mientras el profesor ajustaba los diales.

Gray sintió un escalofrío. Recordaba la línea roja que viera la primera vez y que ahora no aparecía... Sólo formas oscuras, que se sucedían unas a otras.

Incluso Snyder había quedado mudo.

McShane apartó la mirada de la pantalla, paseándola por encima de todos aquellos rostros, ahora crispados. Ya ninguno parecía tomarse el experimento a chacota.

El profesor murmuró:

—Creo que ya está... Ésta es la tensión...

Las sombras se aquietaron poco a poco y del fondo de la pantalla pareció surgir una figura extraña, inconcreta...

Después, apenas un segundo más tarde, la cara estaba allí mirándoles. La cara contraída de un hombre con los ojos muy abiertos, las facciones tirantes de alguien en el instante de matar...

Se oyó un quejido, y el sonoro juramento del teniente, y la caja gris emitió una sucesión de ruidos, y la pantalla se oscureció súbitamente.

La cara de Martin Bosaki se borró de la pantalla, pero ahora todos estaban mirándole fijamente, y la expresión de su rostro no se diferenciaba mucho del crispado que surgiera de los ojos de un muerto.

Whitney jadeó:

—¡Tú, Martin...!

—¡Es una trampa! —exclamó, de pronto, el fotógrafo—. ¡Una cochina trampa...!

—Tú mismo lo viste. Así te vio Scarnici, cuando estabas descargándole las cuchilladas.

—¡No! —Gruñó—. ¡No pudo verme...! ¡Estaba muerto!

Snyder dio un respingo.

Carpen ter y Gray salieron de su estupor, y atraparon al asesino, uno por cada brazo. En un abrir y cerrar de ojos, estuvo esposado.

Temblaba y parecía realmente un loco.

El profesor suspiró.

—Se salió usted con la suya, McShane.

El fotógrafo balbuceó:

—¡No es cierto... no pudo verme...! Díganme que no es cierto... que éstos no me ven... no conservan esa imagen horrible...

Snyder susurró con voz ronca:

—¿Lo mató usted, Bosaki?

—¡Sí, sí!

—Debo advertirle que todo cuanto diga usted podrá ser usado en su contra, en el juicio que se le seguirá, Bosaki. ¿Mató también al señor Murphy?

—No... Lo hizo Scarnici.

—¿Y a Brandt?

Cabeceó, asintiendo.

—Que le den un trago —dijo McShane—. Y de paso, yo también lo aceptaré.

El ayudante del profesor salió silenciosamente.

Snyder gruñó:

—¿Por qué, Bosaki, cuál era el negocio?

—Espionaje industrial. Murphy y yo... obteníamos planos, fórmulas o diseños en Alemania, Inglaterra... donde fuera. Brandt era el encargado de colocarlos en la industria de este país.

—¿Qué pasó, que desencadenó la guerra entre ustedes?

—Murphy... Él fue el culpable. Obtuvo los diseños y fórmulas de un cerebro electrónico miniatura... Una increíble obra de un valor incalculable... millones... Quiso quedarse con todo.

—Siga.

El ayudante regresó con una botella. McShane bebió un largo trago y luego la acercó a los labios del asesino.

Fue el propio McShane quien habló después.

—Creo que ya entiendo... Claro, eso explicaría la presencia de las gafas sin graduar, teniente. Murphy llevaba lentillas ópticas en este viaje... pero cómo todo el mundo sabía que usaba gafas, se puso unas sin graduar.

—Eso es absurdo.

Bosaki suspiró.

—No lo era. El diseño que había conseguido estaba convertido en una microfotografía del tamaño de la punta de un alfiler, y pegado a una de las lentillas.

—Por eso fue usted al depósito, claro.

—Lo comprendí cuando leí en el periódico que las gafas que se

encontraron eran de cristales corrientes. Entonces pensé también en los experimentos del profesor, de los que McShane me había hablado... y lo demás es fácil de comprender. Pensé que achacarían los crímenes a un demente... o al profesor, empujado por su afán de conseguir ojos humanos...

—Por eso nos llamó por teléfono —murmuró Krakover con amargura—. Para entregarnos esos ojos y comprometerlos...

—Jamás pensé que usted pudiera realizar ese milagro.

Krakover sacudió la cabeza. Estaba abatido.

McShane rodeó la caja gris y se inclinó. Cuando volvió a aparecer, tenía en la mano una fotografía.

Era la fotografía de Bosaki y, a simple vista, se apreciaban los retoques efectuados por un fotógrafo para variar la expresión de la cara.

—El milagro —dijo—. Lo hice yo con esta foto. El profesor puso lo necesario de su parte.

Bosaki le miró, ahora enfurecido, los ojos llameándole de odio.

McShane añadió:

—No sé si el profesor Krakover obtendrá el éxito algún día, pero, por el momento, ha contribuido a cazar un asesino. Ojalá logre también alguna vez lo que tanto trabajo le está costando.

Snyder gruñó:

—Llévenselo. Quiero que quede incomunicado hasta nueva orden.

Bosaki caminó entre los dos detectives, como si apenas rozara el suelo.

De pronto, el teniente dio un respingo.

—Eh, McShane. ¿Cómo diablos lo supo?

—Por la fotografía. Bosaki es, ante todo, un fotógrafo de vocación... y condenadamente bueno. Cuando terminó con Scarnici, no pudo resistir la tentación de sacar la pequeña cámara que siempre lleva consigo y disparar una placa.

—Ahí se equivoca, amigo. La foto que publicó se la facilité yo mismo. Él me la pidió... y yo accedí; en compensación de otras veces en que él nos había ayudado.

—Le creo. Pero cuando tuvo las fotos en su poder, las comparó. Eran muy semejantes, aunque artísticamente era mucho mejor la de Bosaki. De modo que fue ésa la que publicó. Pero había algo en

ella... algo que marcaba un paso de tiempo, si entiende lo que quiero decir.

—Ni media palabra.

—La fotografía que él tomó mostraba una gota de sangre en una de las cuencas vacías del cadáver. «Y era sangre líquida», teniente. En cambio, en la fotografía que usted guarda en su carpeta, casi idéntica a la de Bosaki, no hay ya esa gota de sangre... porque pasó un tiempo, y la gota se deslizó hacia la mejilla, desapareciendo para convertirse en un diminuto reguero.

Snyder estaba perplejo.

—¡Maldita sea! —masculló—. Eso debiera haberlo visto yo, en un principio.

—Tal vez si bebiera media botella diaria... —propuse McShane, piadosamente.

Con un bufido, el teniente se fue detrás de sus hombres.

Whitney dijo:

—Buen trabajo, muchacho. El periódico dará un sal to hasta las nubes con esta exclusiva... Lástima que nos ha costado el mejor fotógrafo que tuvimos jamás.

Judd se despidió del profesor, que parecía más abatido que nunca. Cuando Whitney salió para reunirse con él, McShane se había esfumado.

El jefe de redacción comenzó a ponerse rojo, vomitando maldiciones en todos los tonos porque estaba impaciente para tener el reportaje entre manos.

Casi tan impaciente como estaba McShane, mientras se dirigía a su apartamento.

Salió impaciente por estar entre sus brazos, para proponerle que accediera a rehacer su vida y a cambiar su mundo.

El artículo podía esperar.

La muchacha, no.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:

**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIAJAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

